

CAPITULO XIX

TENTADORA PROPUESTA DE ESCRIBIR UN DIARIO DESOLLADOR.—NÓMBRASEME AJENTE DE COLONIZACION EN VALDIVIA.—EMPLEADO PÚBLICO I CRIADO DE MANO.—EL CORRAL.—VALDIVIA PUEBLO.—VALDIVIA PROVINCIA.—DE LO QUE ERA INMIGRACION PARA MUCHOS.—INJUSTIFICABLE INVASION A LOS TERRENOS FISCALES I MEDIOS DE QUE SE VALIAN PARA ASEGURAR SU PROPIEDAD.

Dicen que junto con entrar la pobreza por la puerta de casa, la virtud se escapa por la ventana. Esto tiene mucho de verdad; pero no porque la enfermedad pobreza carezca de verdaderos específicos, sino por la repugnancia ridícula del enfermo para tomarlos. El apellido, la antigua posición social i el patrio que dirán, son los peores enemigos del lucro que siempre otorga el modesto trabajo a quien le busca. Nadie se atreve a ser en su patria bodegonero despues de haber comprado palcos en el teatro. ¿Cuántos no se hubieran muerto de hambre o lanzándose a bandidos en California, si por respeto al apellido hubieran dejado de ser cargadores o limpia botas?

Habia recorrido, en el sentido de descender, los últimos peldaños de la frágil escala de la fortuna; habia llegado en California al, que entónces me parecia, el último de todos; al de criado de mano, i ni por las mientes se me pasaba que aun me quedaba otro mas inferior aun donde pisar, el de empleado público de menor

cuantía! Porque yo ignoraba que empleos para criados en todas partes sobran, al paso que en todas partes faltan empleos para los que no lo son.

El criado, o por ingratitud propia, o por ofensa brutal de su amo, alegre le abandona, porque sabe que en la casa vecina, si no mejora de condicion, conservará la que ántes le sustentaba; al paso que el empleado que deja su puesto, con gusto suyo o contra su gusto, en vez de encontrar análoga colocacion en otra parte, solo encuentra decepciones, hambres i miserias si no se deja de no-blezas.

Yo todo lo habia perdido, ménos el honor; mas, con solo el honor no podia mandar al mercado.

Encontrábame una mañana meditando sobre este tema, al mismo tiempo que echando uua mirada de intelijente, sobre una pareja de caballos cocheros que debia comprar una hermana mia, cuando entraron buscándome en la caballeriza dos conocidos personajes, de

cuyo nombre no hai para qué acordarse, los cuales entablaron conmigo el siguiente diálogo:

—Aquí tiene usted, señor don José, al californes perdiendo tiempo en mirar caballos.

—Para servir a ustedes, señores; efectivamente, miraba estos caballos.

—Son hermosos; pero es raro que un hombre como usted se ocupe de esto.

—¿I de qué otra cosa me habria yo de ocupar ahora? California, como ustedes saben, me dejó mirando, i miro.

—¡Siempre alegre! ¿I no seria mejor que ocupase su tiempo en cosa que le reportase provecho, sin emplear mas capital que el que usted posee.....? en algo así como..... escribir para el público, por ejemplo?

—¿Escribir para el público? ¿Yo volver a las andadas?

—Usted i no se ria.

—¿I quién se atreveria a dar medio real por mis garabatos?

—Nosotros, dijeron los dos a un tiempo.

—¿Ustedes? Mostrad cómo.

—Pagando a usted en mui buena plata cuanto escribiere en el sentido de nuestras indicaciones.

—Pues, si es así, adelante con la cruz, con tal que los asuntos sobre que deberán versar mis escritos, me sean algo familiares, i las indicaciones de ustedes conformes con las de mi conciencia.

Reparé que la primera parte de mi respuesta los satisfizo tanto cuanto pareció contrariarlos la segunda, i esto comenzó a darme mala espina. Dieron una vuelta examinando la caballeriza, dijéronse algunas palabras a media voz, i volviendo a anudar el hilo de nuestra

singular conversacion, prosiguió mi interlocutor en estos términos:

—Escribir contra los malos gobiernos, es deber que mas halaga que empaña la conciencia, i nosotros solo pretendemos que usted escriba contra el Gobierno i no otra cosa.

—¡Están ustedes dados a Barrabás! Si hace un siglo a que no sé lo que es gobierno, ni sé si son moros o son cristianos los hombres que gobiernan en el día, ni lo que hacen, ni lo que han hecho, ni lo que han dejado de hacer. ¡Medrado saldria el charlatan que con tales antecedente escribiese! Ademas no comprendo.....

—Señor don Vicente, repuso interrumpiéndome el segundo tentador, que era bajo de cuerpo, regordete i de satisfacción i redonda cara, usted es pipiolo; usted solo dejó de combatir en defensa de su partido, cuando creyó asegurada su existencia con el casamiento del héroe de Yungay con la hija del padre de los pipiolos. Usted, como nosotros, ha sido engañado. El peluconismo i el Estanco nos roen, i ni esperanzas hai que, reformada la Constitucion atentatoria del año de 1833, devuelva al país lo que nunca debió quitar a la del año 28..... ¿Me esplico?

—Como que voi comprendiendo.

—Magnífico, i basta por ahora. Hoy tenemos junta a las dos de la tarde; voi a anunciar que podemos contar con usted i esta noche a las siete, para no despertar sospechas, esperaremos a usted con otros amigos en el óvalo de la Alameda.

Llegó la noche i con ella al sitio designado, el nuevo Adan político que no atinaba aun de qué manera podria hincar el diente a una manzana por tantos

años olvidada, i un cuarto de hora despues, rodeado de serpientes tentadoras, se le vió que departia amigable con ellas, mui repantingado sobre un ancho sofá de aquel paseo.

Pronto quedé enterado de las pretensiones de la junta directiva. Para nada se trajo a colacion aquello de derechos conculcados, ni de leyes o doncellas violadas, ni mucho ménos de tocar el bombo de los principios, pues, mas que los principios, en jeneral aéreos, los fines egoistas se buscaban. Tratábase de fundar un diario alacran, cuya picada debia ser mortal; la tinta con que se escribiese, petróleo; i la palabra, fuego. Era su propósito no dejar títere con cabeza en el Gobierno, i su consigna, el oponerse a todo. Hubo momento en que creí que fuesen curtidores, por el empeño que manifestaban de sacar a todos el cuero; i, a fé^a que no pagaban a vil precio la tarea, puesto que honrándome con el cargo de desollador, me ofrecieron 30 onzas de oro por el fruto de mi tarea mensual. ¡Qué desencanto.....! Solo con lo que me estaba pasando, i sin responderles, miéntras buscaba a gran prisa en el diccionario de mi memoria alguna de aquellas interjecciones españolas de grande efecto, para lanzárselas a la cara, ellos interpretando por aquiescencia mi silencio, ya hablaban de lanzar a todos los vientos del compas, uno de aquellos prospectos de ordenanza que siempre encubren, bajo plumas de cándidas palomas, zapos i culebras; cuando en vez de aquel sí tan presupuesto, se encontraron con una cebolla de las de Rio Claro!

Dos dias despues de esta estrepitosa ruptura de negociaciones, i cuando ménos lo esperaba, fuí llamado a la presen-

cia del señor Varas, Ministro entónces de lo Interior, i sin que hasta ahora haya podido darme cuenta del por qué del favor que se me dispensaba, puesto que solo conocia a Varas de nombre i solo por el lado de afuera la casa de gobierno, a los catorce dias de mi entrevista con el Ministro, provisto del título de Ajente de Colonizacion, navegaba yo en demanda de Valdivia, para dirijir, a nombre del Gobierno, los trabajos coloniales en aquella lejana provincia, donde por instantes se esperaban expediciones de emigrados alemanes.

Llegué al importantísimo i mui descuidado puerto del Corral o Coral, como algunos enemigos de nombres mal sonantes suelen llamarle, el 12 de febrero de 1850, despues de haber atravesado por entre las abandonadas fortalezas, que en tiempo de los españoles defendian la tranquila i pintoresca embocadura de la preciosa via de Valdivia.

Reduciase el pueblo, o mas bien dicho, los diseminados i pobres casuchos de este puerto, para cuya defensa habia invertido millones la madre patria, a veintiocho mal colocadas habitaciones, mirando unas a la marina i otras, siu saber por qué, hácia los emboscados cerros que le rodeaban.

La poderosísima vejatacion que cubria la mayor parte del territorio de esta provincia, comenzaba desde el mismo Corral a oponer sérias dificultades al viajero para su traslacion de un punto a otro, por inmediatos que estuviesen entre ellos.

Los corpulentos árboles que miraban al puerto i los mas poderosos aun que orillaban el rio, parecia que se disputaban entre sí el derecho de bañar sus robustas raices en aquellas salobres aguas.

No teniendo, pues, las márgenes del río veredas transitables, la única vía de comunicación que se encontraba entre el puerto i Valdivia, capital de la provincia, era el mismo río; i el tiempo que se echaba, navegando en botes o chalupas de un punto a otro, era el de cuatro horas.

Para quien ha navegado los imponentes ríos californeses, parece que el pequeño Valdivia, para nosotros gigantesco, nada debiera tener que llamase la atención; pero mui léjos de esto, porque todas las galas de la vírjen naturaleza, todos los grandiosos puntos de vista que se encuentran diseminados sobre las márgenes de aquellos los ostenta el Valdivia, pintados en un lienzo mas reducido, pero no por esto ménos completo.

Llegamos a Valdivia. ¡Santo Dios! si el fundador de aquel pueblo, por arte diabólico o encanto, me hubiese acompañado en este viaje, de seguro que habria vuelto para atrás lanzando escomuniones contra la incuria de sus descuidadísimos biz-choznos.

Conservo en mi poder un retrato al óleo que exhibe lo que era la triste catadura de aquel aduar a los tres días de mi llegada; retrato que habla, que se debe al diestro pincel del malogrado Simpson, i que es ahora el objetivo de algunos viejos i honrados valdivianos, con el fin de empuñarle, arrojarle al fuego i reducir a cenizas ese testigo irrecusable del atraso del pueblo en que nacieron.

El trazado de esta capital, mui correcto para la época de su fundación, se encontraba tan deteriorado por el uso, que ni las calles conservaban el paralelismo de sus aceras, ni el ancho igual con que habian venido al mundo. Las casas, to-

das mai bajas, i en jeneral, provistas de un corredor a la calle, tenían paredes de troncos de pellin, techos de tablas de alerce, cubiertos de musgo i de plantas advenedizas, i ventanas, aunque algunas con vidrieras, dotadas todas con sus correspondientes balaustres.

Como no se estila allí jénero alguno de carretas, la provision de leña se hacia arrastrando con bueyes por las calles enormes troncos de árboles que se dejaban en el frente de las casas que los pedían; i de ellos, el hacha de la cocina sacaba todos los días la leña que exijia su consumo. En el costado del poniente de la plaza de armas, única en el lugar, se veía inconclusa una iglesia de madera, que, aunque de todo carecia, le sobrababan dos empinadas torres, que sin saber por qué se alzaban orgullosas, aunque desproporcionadas, sobre el porton de la entrada. La plaza de armas, no solo servía para paseo o para ejercicios de tropa, como en algunos otros pueblos de la República; los valdivianos sabian sacar mejor partido de ese comun i cuadrado sitio urbano. En él, cuando no en las calles, se estacaban los cueros de las vacas que los vecinos mataban para su consumo; se arrojaban basuras en él, i a falta de esplayado o lugar en la cárcel, salian a cada rato los presos a hacer en la paciente plaza, lo que la decencia no permite nombrar. De la plaza se extraian tambien tierras para los terraplenes de las casas de los vecinos, recuerdo que eran tantas las inmundicias que se arrojaban bajo la desvencijada jaula de tablas que, suspendida sobre postes, hacia de oficina del juzgado de letras, que llegaron a motivar un acalorado reclamo del señor juez de letras, que lo era entónces el modesto i probó

majistrado don Ramon Guerrero, para que no se perpetuase tan inmundo desatado.

De aquí nació aquella historia de la compra que hizo la municipalidad de aquel mentado tiesto para el uso de los encarcelados, historia que conté en mis «Sueños que parecen verdades i verdades que parecen sueños» i que muchos han tenido por de pura invencion o pasatiempo.

Como el asunto bacin andaba todo. El espíritu de adelantos locales, el de instruirse, el natural i comun deseo de mejorar de condicion por medio de la actividad i del trabajo, todo dormia, todo vejetaba. Sobre los edificios así como sobre las imajinaciones, crecia con sosiego el musgo que solo nace i progresa sobre la corteza de los árboles descuidados, o sobre la de aquellos que sufren la última descomposicion que los transforma en tierra. No hubo viajero entónces, así nacional como e-tranjero, que al llegar a Valdivia no esclamara: todo lo que es obra de la naturaleza aquí, es tan grande, tan imponente i tan hermoso, cuanto mezquina, desgrefiada i antipática es la obra del hombre.

Léjos de mí la idea de ofender con mi relato a los moradores de aquellos apartados lugares. Cuento, con sincera verdad, lo que entónces saltaba tanto a mis ojos, cuanto a los de aquellos que, como yo, concurrieron de fuera a avecindarse en Valdivia.

El espíritu de progreso estaba solo adormecido, mas no muerto, i si trato de conservar este mezquino cuadro, es mas con el objeto de realzar con sus sombras el hermoso colorido de aquel que pudiera pintarse en el dia, que con el de satisfacer algun tonto deseo de una in-

justificable murmuracion. El espíritu de progreso existia, i tanto, que solo la presencia, en mui pequeña escala, del elemento extranjero, ha bastado, no solo para sacar a la provincia de Valdivia del estado de modorra en que yacia por razon de olvidos, sino tambien para hacerla figurar con lucimiento, ya por su estado material e intelectual, ya por su comercio i ya por sus industrias especiales, que corren sin competencia en los mercados nacionales i extranjeros, al lado de sus orgullosas hermanas del norte.

Como quiera que sea, salir de California para entrar sin transicion en el Valdivia de entónces, era salir de la rejion de la mas febril actividad para entrar en la del mas profundo i tranquilo sueño.

Los hombres relativamente pudientes, contentos con la medianía en que vivian, solo solicitaban del trabajo lo estrictamente necesario para continuar en ella. Los gañanes, a causa de la poca remuneracion que se les ofrecia por su trabajo i de la abundancia de las sustancias alimenticias, solo trabajaban poco para emborracharse i para dormir mucho. Faltaba a unos i a otros el estímulo que solo la inmigracion extranjera sabe despertar en las aglomeraciones humanas amodorradas por la inercia.

Pero no quiero anticiparme.

La provincia de Valdivia, mas conocida en tiempo de los españoles que en el de la República, pasada la grita i natural entusiasmo que causó en los pueblos del norte la accion gloriosa de Cochrane, cuando se apoderó de las formidables fortalezas del Corral, quedó por mas de un cuarto de siglo, si no como olvidada del todo, por lo ménos como simple i po-

co importante territorio confiado a la accion natural del tiempo para que, tarde o temprano, mereciese el mismo solícito afan que merecian al Gobierno las provincias centrales. El nombre mismo de Presidio, que se le siguió dando, parecia condenarla a un perpétuo olvido, cuando el intendente Cavareda, apesar de la parsimonia con que se escribia en aquel entónces, recorrió en una corta memoria, parte del velo que encubria el cielo i las riquezas naturales que aquel lejano rincon de las provincias continentales de la República encerraba. A la justa admiracion que las revelaciones de ese funcionario causaron, debe la provincia de Valdivia la importancia del asiento político que ocupa al lado de sus demas hermanas i el grado de relativa prosperidad de que goza en el dia.

Templado clima; ausencia de aterroradoras enfermedades, así como de indijenas hostiles i de dañadoras fieras; territorio estenso i en jeneral baldío; suelos arables i en muchas partes mui feraces; abundancia de materias primeras, fabriles e industriales; bosques inagotables de preciosas maderas de construccion, a cuya sombra se desliza profunda, tranquila i navegable la importante red de brazos tributarios del Valdivia, via fluvial que, despues de recorrer un estenso territorio, mezcla sus aguas, sin embate, con las del mar, en uno de los puertos mas seguros i cómodos del Pacifico: ¿qué podia faltar al olvidado Valdivia para dejar de estarlo? La poblacion.

Pero no aquella poblacion que ha nacido entre riquezas, que no conoce que el aguijon de mejorar de condicion le aviva, que ni siquiera sospecha la existencia de comodidades que engalanan la vida de un hombre culto i que propen-

den dia a dia a aumentar, al mismo tiempo que a satisfacer, la agricultura, el comercio i la industria; sino aquella que el espíritu del lucro o el de las ideas liberales del siglo, separa de los grandes centros civilizados, para venir a la virjen América, ya a gozar de una libertad positiva, ya a recojer a manos llenas las riquezas que, sin conocer su valor, menospreciamos.

En países como el nuestro, es de todo punto indispensable la activa cooperacion del elemento extranjero; poderosa entidad que al procurar enriquecerse, enriquece al país donde se asila, que puebla los desiertos i forma estados que, aunque con el modesto nombre de colonias, asombran por su industria, por su comercio i por su bienestar, hasta a sus mismas metrópolis.

Convencido el Gobierno de esta verdad, cupo al del ilustre jeneral Búlnes echar en Chile la primera base de la inmigracion extranjera con la promulgacion de la lei de 18 de noviembre de 1845, lei que adornada con la firma del guerrero i del sabio estadista Montt, su Ministro entónces, manifiesta en claras i jenerosas cláusulas el modo i forma como debemos recibir, hospedar i fomentar en nuestro suelo ese elemento de vida i de progreso.

A la voz de inmigracion cada cual se había echado a apreciar segun su real modo de entender los bienes o los males que podria ella introducir en Chile.

Temian los católicos perder con ella la unidad relijiosa.

Los hacendados i los dueños de casa la aplaudian a dos manos, creyendo en el despanzurro que la inmigracion abarataba los salarios, cosa que jamas se ha visto.

Muchos finjidos filántropos, pero verdaderos especuladores sobre la ignorancia del pobre pueblo, apoyándose en lo que decían los hacendados i otros sabios por este estilo, compadecían a los gañanes i obreros del país, por la competencia que a sus brazos opondría la baratura de los brazos extranjeros. Olvidándose o finjiendo olvidar, tanto el hacendado como el filántropo, que la inmigración, en caso de ocupar a alguien temporalmente, es al hacendado o al que solo puede lucrar pagando a vil precio los jornales; pero nunca al jornalero, por la sencilla razón de que no serán ni pueden ser gañanes los que nos viniesen de fuera, atendido al bajo precio a que aquí pagamos el trabajo diario de los nuestros; i no viniendo de fuera esa clase de brazos, sino personas que dan ocupación a los propios nuestros, es evidente que aumentando la demanda, tendrá por fuerza que aumentar el valor de los salarios.

Los comerciantes de Valdivia creyeron que, con el aumento de la población, aumentaría el precio de sus mercaderías.

Los propietarios de aquellos terrenos incultos que nada les producían i que ni siquiera habían visitado, por impedirse los la enmarañada i sombría selva que los sustraía hasta de la luz del sol, creyeron tener en cada propiedad un tesoro de forzosa adquisición para el Gobierno o para el recién llegado.

Los especuladores que solo buscan la mas ventajosa colocación de sus caudales, solo vieron en la futura inmigración la feliz oportunidad de acrecerlos i, sin perder momentos, comenzaron a hacerse de cuantos terrenos aparentes para colocar colonos, se encontraban en la provincia.

Siguiendo el ejemplo de estos caballeros, muchos vecinos, mas o ménos acaudalados de la provincia, hicieron otro tanto, sin acordarse de que esta ánsia de un lucro mal entendido i prematuro cababa, al lado de los cimientos que la lei había echado para alzar sobre ellos el asilo del inmigrante, una fosa que debía desplomar por completo el edificio i las risueñas esperanzas que el buen sentido fundaba en ella.

En vano el Gobierno, para precaver este mal, había comisionado al activo e inteligente sarjento mayor de ingenieros Philippi, para reconocer i deslindar los terrenos fiscales que debían repartirse entre los inmigrados, así como despues al modesto e inteligente ingeniero Frick para continuar la misma trabajosísima tarea durante el tiempo que el incansable Philippi, trasladado a Alemania, trabajaba allá para promover la emigración hácia Valdivia; porque, a medida que aumentaba la posibilidad de que llegase a Chile la primera expedición, aumentó tanto el número de los detentadores de los terrenos, por tantos títulos considerados baldíos, que en visperas del arribo del primer navío que, confiado en las promesas del Gobierno, había salido de Hamburgo en 1849, se podía decir que no se encontraba en el territorio de colonización una sola pulgada de tierra que no reconociese algún imaginario dueño.

No tardó la noticia de este descarado saco, nombre debido por el modo i la forma como se hacían estas escandalosas adquisiciones, en llegar a Europa.

Desconsoladoras por demás son las comunicaciones del señor don Bernardo Philippi al Gobierno en aquella época. Encarecía en ellas la urjente necesidad

de reivindicar cuanto ántes aquellos terrenos, cuya detentacion era ya tan sabida en Alemania; que poco o nada se podia hacer en el sentido de enviar emigrados, pues, se negaba la existencia de los derechos incuestionables del Gobierno a los terrenos que ofrecia.

En este estado encontré los trabajos sobre inmigracion, cuando la suerte me condujo a Valdivia; i no porque el Gobierno se hubiese descuidado, pues, junto con mi nombramiento se me entregó un grueso protocolo de oficios de instrucciones i de decretos que manifestaban hasta la evidencia cuánto trabajaron entónces las autoridades superiores para allanar a sus agentes las sérias dificultades con las que un mal entendido espíritu de lucro amenazaba destruir la inmigracion desde sus primeros pasos.

El estenso i nebuloso territorio valdiviano, mansion de lagos i de selvas seculares, asiento de dos hermosos rios navegables i centro de cuantiosos terrenos baldíos que se suponian disponibles para ser repartidos entre los inmigrantes que por momentos se esperaban, contaba entónces con solo tres villorrios, que por su soledad i apartamiento a causa del mal estado o de la ausencia absoluta de caminos, vivian como verdaderos cenobitas. Valdivia, que ya medio cenocemos; la Union, proyecto de ciudad a medio bosquejar; i Osorno, con su iglesia de cantería, su convento i sus alineados rimeros de tierra empastada, que indican por su regularidad, antiguos escombros de edificio.

Tan mezquina idea se tenia en el norte, hasta mi arribo a Valdivia, de la naturaleza de los productos agrícolas de esta provincia, que llegaba a creerse que

ni el trigo se producía en ella, cuando los trigos se agorrojaban en los graneros de la Union i de Osorno; porque sobraba para el consumo lo poco que por falta de medios de esportar el producto, se sembraba.

Esos campos, que tanto producen ahora, i que entónces tan en ménos se miraban, solvo los ocupados por los principales manzanares que a cada paso se encontraban, sin saber por qué, como perdidos entre los bosques, i aquellos que ya por su inmediacion a los poblados, o ya por su poca estension i la perfeccion de sus límites naturales, permitian ser de vez en cuando vijilados por sus lejitimos o supuestos dueños, todo el resto podia decirse que se gozaba en comun, ya por los hijos de los españoles, ya por los de los indijenas que aun se consideraban lejitimos dueños del todo.

El mismo abandono en que yacian, los estaba entregando desde tiempo inmemorial a la rapacidad de los poquísimos pobladores que, por solo ocupar las despojadas orillas de un rio o las playas del mar, sin poder entrar mas adelante, se consideraban dueños de lo que hasta ahora llaman *centros*.

Si esto se hacia ántes que nadie pensase en colonias, no es de estrañar que la voz del agente del Gobierno en Europa despertase en muchos chilenos el espíritu de monopolizar terrenos, hasta el estremo de no dejar, ni a muchas leguas de Valdivia, punto donde se esperaban los primeros inmigrados, un palmo útil de tierra de que poder disponer.

Cuando algun vecino queria hacerse propietario esclusivo de alguno de los terrenos usufructuados en comun, no tenia mas que hacer que buscar al cacic-

que mas inmediato, embriagarse, o hacer que su agente se embriagase con el indio, poner a disposicion de éste i de los suyos aguardiente baratito i tal cual peso fuerte, i con solo esto ya podia acudir ante un actuario público, con vendedor, con testigos o con informaciones juradas que acreditaban, que lo que se vendia era lejitima propiedad del vendedor. Ninguno objetaba este modo de adquirir propiedades, cuyo valor se repartian amigables; el supuesto dueño que vendia i los venales testigos que le acompañaban, por aquello de hoy por tí i mañana por mí. La única dificultad que ofrecia siempre esta fácil i corriente maniobra, era la designacion de los límites del terreno que la venta adjudicaba, porque no era posible hacerla en medio de bosques donde muchas veces ni las aves encontraban suelo donde posarse. Pero, como para todo hai remedio, ménos para la muerte, hé aquí el antídoto que empleaban unos para vender lo que no les pertenecia, i otros para adquirir, con simulacros de precio, lo que no podian ni debian comprar. Si el terreno vendido tenia en alguno de sus costados un rio, un estero, una abra accidental de bosque, un camino o algo que pudiese ser designado con un nombre conocido, ya se consideraba vencida la dificultad. Medíase sobre esa base la estension que se podia; si ella estaba al poniente del terreno, se sentaba que éste se estendia con la anchura del frente designado, hasta la *cordillera nevada*, sin acordarse de que con esto se podian llevar hasta ciudades enteras por delante; si el limite accesible se encontraba al oriente, la cabecera occidental era el mar Pacífico, i si al sur o al norte, unas veces se decia: desde allí hasta el *Monte Verde*, como si al-

guna vez esos bosques hubiesen dejado de ser verdes, i otros sin término, como acontecia con los títulos de un tal Chomba, que bien analizados adjudicaban a su feliz poseedor el derecho de una ancha faja de terrenos, que partiendo de las aguas del seno del Reloncaví, terminaba, por modestia, en el desierto de Atacama.

Ni por un instante se crea que en todo esto haya exajeracion. Llenos están los archivos públicos de Valdivia i annos de Chiloé, de estos singulares títulos de propiedad, semilla de intrincados e inestinguibles pleitos, que cada comprador guardaba como un tesoro en su petaca.

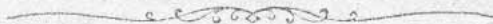
He insistido en esto para que se deduzca, de lo espuesto, cuáles debieron de ser las dificultades que entorpecieron las operaciones de los agentes del Gobierno, encargados de repartir entre los inmigrantes terrenos libres, que en ninguna parte les era dado encontrar, i cuáles fueron los primeros i lamentables motivos que tuvieron los valdivianos i los especuladores de fuera, para mirar de reojo la presencia de los primeros inmigrados extranjeros con quienes pensaban especular, vendiendo a peso de oro lo que tan poco les habia costado; pues, a ningun detentador se ocultaba que, en cuanto supiese el Gobierno por sus agentes lo que ocurría, no deberian librarse por mucho tiempo de los efectos de una accion reivindicadora, que echaria por tierra todas sus risueñas esperanzas.

Inútiles fueron mis viajes i correrías por la provincia para obtener algun terreno que por su bondad halagase a los emigrantes que primero llegaran, pues, sabia que en empresas de esta naturale-

za, es indispensable no descuidar el feliz éxito de los primeros pasos.

Atinido por un lado por el espíritu que dominaba en el lugar, i por el otro, por el justo temor de que, no habiendo terrenos disponibles de propiedad fiscal que poder desde luego repartir, iban a dar al inmigrado, que confiado en las promesas del Gobierno habia abandonado su patria i su hogar, una prueba palmaria de que se le habia engañado, tendiéndole un inicuo lazo, ya me disponia a salir en demanda de alguna de las

muchas desiertas playas de Carelmapu, cuando el buen espíritu de algunos honrados i entendidos patriotas valdivianos, vino a disuadirme de mi propósito, ayudándome a combatir con jenerosos ofrecimientos los efectos de un egoismo inconsciente. Prestáronse gustosos, unos a asilar a los emigrados en sus casas, otros a prestarles terrenos inmediatos a la ciudad para sus primeras siembras, i otros hasta prestarles bueyes, el todo sin estipendio alguno.



CAPITULO XX

LLEGADA DE LA PRIMERA ESPEDICION DE INMIGRANTES AL CORRAL.—INTERROGATORIO SOLEMNE DE ESTOS AL AJENTE DEL GOBIERNO.—CONSECUENCIAS QUE DE ÉL SE DESPRENDEN.—RASGO JENEROSO DEL CORONEL VIEL EN OBSEQUIO DE LA INMIGRACION.—ISLA DE LA TEJA.—NUEVAS ESPEDICIONES DE INMIGRANTES.—SU CLASE, VERDADERO TESORO PARA VALDIVIA.—DE CÓMO ENTENDIA CADA CUAL EN CHILE [LA INMIGRACION.—LLUVIA DE CONSEJOS AL GOBIERNO SOBRE ESTE TEMA.—COLONIA MUSCHGAI PATROCINADA POR DOMYKO.—MUSCHGAI, EL ARZOBISPO I LOS LARRAINES.—EL CATÓLICO MUSCHGAI ABRAZA LA RELIJION ARAUCANA.

No todos los hijos de Valdivia, pues, sacrificaban el futuro bienestar de la provincia al mezquino lucro que les ofrecia un presente instantáneo, como me he complacido en dejarlo sentado al fin del capítulo anterior; pero esos ofrecimientos llenaban solo a medias los propósitos que perseguía el Gobierno i los verdaderos intereses del país.

En estas circunstancias vino a sacar al soñoliento Valdivia de su natural apatía, la noticia de haber llegado al Corral, procedente de Hamburgo, la barca *Herrmann*, despues de 120 dias de navegacion, conduciendo a su bordo 85 pasajeros alemanes: 70 hombres, 10 mujeres i 5 niños.

Llegaron estos inmigrados costeando ellos mismos su pasaje, mas bien en calidad de comision esploradora, para saber hasta qué punto alcanzaba la verdad de los ofrecimientos que, a nombre del Gobierno, hacia en Europa el mayor de ingenieros don Bernardo Philippi, a las personas que quisiesen dirigirse a Chile,

que en calidad de principio de inmigracion autorizado por incuestionable conveniencia.

Eran la mayor parte de estos pasajeros hombres que disponian de regular fortuna, i algunos de entre ellos venian comisionados por casas acaudaladas para proponer al Gobierno proyectos de inmigracion costeada por ellas en cambio de cesiones mas o ménos estensas de terrenos baldíos que ellas se comprometian a poblar en tiempo convencional.

Convenia, pues, a todo trance, hacer que las primeras impresiones que recibiese en Chile esta importantísima vanguardia del futuro progreso de Valdivia, correspondiese a las esperanzas que al salir de su patria habia concebido sobre la hospitalidad que le aguardaba entre nosotros. Sin perder, pues, un solo instante, junto con recibir la noticia de la llegada del *Herrmann*, me embarqué para el Corral.

Trasladado a bordo, donde me di a conocer, explicando a los recién llegados

cuál era mi mision respecto a ellos, el natural temor del que recién llega a un país extraño sin mas garantías de encontrar en él una mano amiga que le dirija en sus primeras pasos, que aquella que emana de una simple promesa, desapareció por completo. A la tímida desconfianza sucedió el mas vivo contento. Todos me rodearon, todos me dirijian las mas solícitas preguntas, i lo precipitado de ellas acerca de los disposiciones de nuestro Gobierno hácia ellos, la ansiedad con que se escuchaban mis respuestas, i el sincero agradecimiento que manifestaban a cada una de ellas, me hizo sospechar que sugestiones de algun mal intencionado habian sembrado desconfianza en el ánimo de estos intrépidos viajeros.

Dispuse en seguida que se les mandasen algunos refrescos, les señalé las habitaciones que provisoriamente debian ocupar, i despues de haberlos dejado sumamente recomendados a las autoridades del Corral, partí para Valdivia, previniéndoles, que siendo mi cargo especial el de ser intérprete de sus necesidades en la provincia, debian siempre dirijirse con preferencia a mí en cuanto se les ofreciese.

Dos dias despues de mi regreso, llegó a Valdivia una comision compuesta de seis individuos de los principales pasajeros, solicitando de mí una entrevista, que tuvo lugar en la noche del dia 17. Todos ellos, comisionados especiales, unos de Hamburgo, otros de diversos puntos de Alemania, eran mandados espresamente por sociedades de emigracion para esplorar el campo i para remitir a sus comitentes datos mas circunstanciados i fehacientes, tanto del país que iban a adoptar por patria, cuanto

de los privilejios que les concedia el Gobierno que debia rejirlos.

Se me presentó por escrito una série de preguntas, a las cuales contesté lo mas categóricamente que me fué dado, conformándome a las instrucciones dadas por el Supremo Gobierno al señor Philippi, a la ampliacion de ellas en las notas que sucesivamente se habian dirijido a dicho comisionado, i a las leyes vijentes sobre emigracion.

Encabezaba el interrogatorio un cumplido a las autoridades del país por el cordial recibimiento que se les habia hecho, i una demostracion del mas puro agradecimiento por la benevolencia con que se les mitigaba la desgracia de abandonar a su país natal. Tras de este exordio seguian las preguntas siguientes, la mayor parte de ellas aplicables a los colonos que venian costeando su pasaje:

- 1.º ¿Qué medidas debe tomar el inmigrado para ser ciudadano chileno?
- 2.º ¿Cuánto tiempo despues de su llegada debe de serlo?
- 3.º Si ¿tiene voto en las elecciones?
- 4.º ¿Si habiendo algunos disidentes entre ellos se les obliga a abandonar la religion de sus padres?
- 5.º Si disidentes ¿pueden casarse entre ellos?
- 6.º ¿Qué tramitaciones deberán observarse para que el matrimonio sea tenido por valdero i legal en este caso?
- 7.º ¿Si los hijos de los disidentes se han de bautizar segun lo prescribe la iglesia católica?
- 8.º ¿Qué debe hacerse para que quede constancia de la lejitimidad de los hijos en caso contrario?
- 9.º Si la conveniencia de las colonias exijiese la formacion de aldeas, ¿pueden

esperar que recaiga en alguno de ellos el título de juez?

10. ¿Si pueden ser enrolados en las guardias cívicas?

11. Si al abrir caminos de conveniencia pública ¿pueden contar con la cooperación del Gobierno?

12. Si los tratos i contratos celebrados por ellos en Alemania para cumplir en Chile ¿son firmes i valederos aquí?

13. ¿Cuál es el máximum i el mínimum del valor asignado a los terrenos fiscales?

14. Si compran terrenos a particular ¿tendrán que pagar alcabala?

15. ¿Cuántas cuadras de tierra puede comprar al fisco cada colono?

16. ¿Si se les exige el dinero al contado?

17. Si al cabo del plazo no tuvieren como pagar, ¿se les recibe el interes corriente hasta que puedan hacerlo?

18. ¿Si puede el Gobierno de Chile asegurar terrenos para mil familias?

Este curioso e interesante interrogatorio, elaborado en Alemania, en presencia de regalías que se desean conservar si se poseen, o buscarlas en otra parte en caso contrario, debería tenerse a la vista siempre que llegare el caso de atraer inmigraciones voluntarias, sobre toda rejion que no fuere del todo conocida.

Desde luego se ve que la primera aspiracion del emigrante que rompe por necesidad, por conveniencia o por desgracia el vínculo que le ata al país donde vió por primera vez la luz del sol, es la de reanudarlo para atarse de nuevo con él a la patria de su eleccion. La segunda, el libre ejercicio de la relijion en que sus padres los crearon. La tercera,

la constitucion de la familia; i la última, la de ser propietario de terrenos.

Nada encarece mas a los ojos del hombre la importancia de vivir a la sombra del libre réjimen republicano, como el haber nacido i tener obligacion de continuar viviendo bajo la tirantez mas o ménos despótica del monárquico. No es, pues, estraño que convertir en hecho la idea de ser ciudadanos de una república donde las voces de amo i de *siervo* no tienen significado; donde la virtud i el trabajo son nobleza; donde no hai mas contribuciones que pagar, que aquellas que autoriza una lei en cuya confeccion entran los mismos que deben soportar sus efectos, sea la primera aspiracion de aquellos que emigran; i lo es mucho ménos aun el que, despues de encontrar facilidades para la constitucion de la familia i garantías para el libre ejercicio de sus respectivos cultos, solo se aspire al para ellos indispensable título de propietario, aunque fuere solo del de una sola pulgada de suelo. La seguridad de alcanzar a ser propietario, por mui apartada que fuere la rejion que les ofrezca semejante don, satisface en el ánimo de los poseedores de modestas fortunas, en el del labriego i en el de simple gañan europeos, un sueño encantador que les acompaña, sin llegar casi nunca a ser realidad, desde la cuna hasta el sepulcro.

Por no haber dado a esta última aspiracion la elevada importancia que tiene para el inmigrado, no han podido hasta ahora, muchos de los grandes propietarios de fundos rústicos del norte, esplicarse el por qué de la insuperable resistencia que opone el mas pobre de los inmigrados en Valdivia a abandonar su poco lucrativa propiedad, por los pin-

gües salarios i la regalada vida que ellos le ofrecen en sus fundos.

Faltando al emigrante agricultor la posibilidad de ser en el acto propietario, puede decirse que le falta todo.

Contenta por demas la modesta comision con el tenor de mis contestaciones, se alzó de su asiento el respetable i sabio profesor don Carlos Andwanter, que la presidia, i lleno de emocion dijo estas sentidas palabras:

—«Seremos chilenos honrados i laboriosos como el que mas lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, defenderemos nuestro país adoptivo contra toda agresion estranjera con la decision i la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia i a sus intereses.»

Compréndese cuán desesperante debió de ser la situacion en que se encontraba el agente de colonizacion, no pudiendo desde luego cumplir el compromiso de entregar a los recién llegados los terrenos prometidos, i cuál el peligro que corria la inmigracion por falta de tan fundamental requisito; pero por fortuna no se prolongó esta situacion, debido a la mano de la Providencia, que al tenderla como siempre a Chile, puso inesperadamente en la mia el mas oportuno medio de salir del paso.

Residia a la sazón en Valdivia, a cargo de la Comandancia Jeneral de Armas de la provincia, el benemérito anciano don Benjamin Viel, antiguo soldado del primer Napoleón i coronel en nuestros ejércitos. Este simpático i entusiasta jefe, cuya cabeza abrigaba tanta poesía cuanta jenerosidad su desprendido corazón, acababa de asegurar el porvenir de sus hijos i el suyo propio, pues era sumamente pobre, con la ad-

quisicion cómoda i barata de la importante isla de la Teja, propiedad municipal, situada frente al pueblo en la confluencia de los rios Calle-Calle i Cruces, que forman juntos el Valdivia.

Viel, impuesto de cuanto ocurría, como pudiera haberlo hecho el mejor i mas patriota de los chilenos, no titubeó un instante en ceder a su patria adoptiva el derecho a una propiedad que proporcionaba a él i a sus hijos el goce de una modesta pero segura subsistencia; i con este acto de jeneroso desprendimiento salvó la situacion.

En la isla de la Teja o Valenzuela, la mayor o mas importante de cuantas circundan con sus aguas los numerosos brazos del Valdivia. La línea de su mayor estension alcanza a medir 4,820 metros, i la de mayor anchura, 1,800. Cubierta como la mayor parte de aquellos campos, de hermoso bosque i de manzanas silvestres, la naturaleza de su suelo i la vecindad a la ciudad, de la cual forma al occidente un verdadero barrio de ultra rio, no podia la propiedad ser mas aparente para el fin que se la destinaba. Devuelta, pues, esta isla a la ciudad por la rescision jenerosa del contrato Viel, procedió sin tardanza el municipio a adjudicarla a los inmigrados, vendiendo a cada familia hijuelas de tamaño proporcional, a precios módicos i a censos irredimibles.

El entusiasmo i el contento precedieron a la toma de posesion de este pequeño territorio, base talvez del porvenir de la provincia, i el cabildo aumentó sus propios recursos en proporcion inesperada.

La colonizacion de la isla de Valenzuela, tan inmediata a la ciudad, proporcionaba desde luego dos inapreciables

ventajas: 1.^a el efecto moral i material que debía de producir en esta apática i melancólica poblacion el ejemplo de la actividad, del trabajo i de la industria alemanas; 2.^a el que los emigrantes encontrasen tan inmediato al punto donde debian desembarcar, un centro seguro de apoyo, i aquella cordial acogida que siempre se dispensan entre sí los nacionales en un país extranjero, en donde todo para el recién llegado es nuevo, idioma, leyes i costumbres. Dábame tambien esta ocurrencia, tiempo para reconocer la provincia i recobrar la posesion de los terrenos fiscales i baldíos que con tanto descaro se disputaban al Estado.

Mientras yo practicaba estas diligencias reivindicadoras, que solo dieron por resultado la adquisicion de la mision de Cudico i Pampa de Negron en el departamento de la Union, i la de la lonja riberana de terrenos que media entre Niebla i Cutipai, sobre la márjen del Valdivia, estension de terrenos que separados por malísimos caminos, solo alcanzaba a 683 cuadras, llegó otra espedicion de emigrantes a bordo del *Susana*, a aumentar las dificultades de la situacion ya reagravada por lo poco que habian durado entre los valdivianos los rasgos de jenerosidad que a fuerza de afanes habian comenzado a desplegar para con los recién llegados.

Tan pronto como partió el *Herrmann* el interes volvió los ánimos a su primer propósito, i los emigrados, reducidos a las penurias de un estrecho sitio, fueron designados como otras tantas minas que debian explotarse. Terrenos que ántes de su llegada yacian abandonados por incultivables, reconocieron todos dueños: cada dueño o se negó a su venta, o subió

su valor del nominal de cuatro reales cuadra, que no encontraba compradores; al monstruoso de peso la vara en los contornos de esta ciudad; i aquellos que poco ántes se compraron a bulto en cien pesos, se vendieron a los alemanes por favor hasta en dos mil. Mas dificultades encontraban aun en la adquisicion de los sitios urbanos; resérvanlos sus dueños para venderlos mejor a los que viniesen despues, como si recibiendo mal a los primeros pudiera razonablemente esperarse que viniesen mas. Presumian que cada propiedad era un tesoro, i destruian la causa que les daba su valor, i era para ellos razon sin fundamento cuanto tendiese a impedir que devorasen la semilla si querian esperar pingües cosechas.

Téngase presente que las ventajas de la inmigracion las empezaron a palpar desde el instante en que ella se inició en Valdivia, porque, como no todos los inmigrados que llegaron en el *Herrmann* fuesen agricultores, sino tambien artesanos e industriales, apénas se les vió llegar cuando comenzó Valdivia a comprar bueno i barato, en su propia casa, lo que dias ántes, tenia que comprar caro, i de engaños i mala calidad fuera de ella.

Alojé a 102 emigrados que condujo el *Susana* como Dios i algunos buenos vecinos me ayudaron, para que pudiesen esperar con ménos afan el repartimiento de aquellas tierras de promision de las que solo rastros se encontraban en los contornos de Valdivia.

Los inmigrados, llegados en el *Herrmann* i en el *Susana*, así como los demas que se esperaban en el *San Paoli*, en el *Adolfo* i otros buques espedidos por la casa Godefrai de Hamburgo, no eran simples japoneses que abandonaban su patria atraídos por el precio que nosotros

dábamos al trabajo jornalero: mui al contrario, cuantos vinieron i siguieron viniendo fueron todos industriales mas o ménos acomodados, que en vez de solicitar favores los dispensaban, exijiendo solo, en cambio de ellos, que se les vendiese por dinero, terrenos que hasta la llegada de ellos, se habian considerado sin valor alguno.

El mas pobre de cuantos vinieron, un tal Kott, muerto en el viaje, habia tenido como pagar su pasaje, el de su mujer i el de dos hijos; como proveerse de un modesto ajuar, hacerse de herramientas, i aun de conservar algun sobrante para los primeros gastos de instalacion. Entre los inmigrados vinieron capacidades como Philippi, Schneider, Andwandter: industriales como nunca habian venido a Chile, i muchos capitalistas, que por sí, o a nombre de algunas sociedades europeas, vinieron con el propósito de hacerse de terrenos, para fundar colonias en ellas.

Era, pues, la inmigracion para Valdivia la benigna visita que le hacian las luces las artes i las riquezas materiales, para sacarla de la postracion en que se hallaba.

Padecemos en Chile manía de saberlo todo, i de comezion de criticar cuanto no concuerda con nuestro universal saber. Tratándose de medidas económicas, Chile es el país jurado de los economistas; si de las concernientes a la guerra o a las de la marina, todos somos jenerales, o por lo ménos almirantes: no es, pues, extraño, que tratándose entónces de inmigracion, todos se convirtiesen en colonizadores.

Los valdivianos querian inmigrados a quienes vender por diez lo que les habia costado uno: los hacendados del norte

brazos gañanes que abaratasen los de sus inquilinos: para los acaudalados santiaguenses, todo lo que no fuese fomentar la venida de cocheros i de cocineros era dinero perdido: para los mineros del norte, de nada servía la inmigracion, sino se componia de barreteros, i, por último, hasta el celo exajerado por la unidad de relijion, vino tambien a terciar en esta jeneral algazara.

Entre los diarios i ridiculos episodios que surjieron en los primeros tiempos de nuestro comun afan colonizador, solo escojeré, para contarlos, uno que puede servir de leccion i de ejemplo, no solo a los futuros colonizadores, sino a todo hombre relijioso cuya candorosa virtud le espone a aceptar la apariencia por la realidad, el hábito por el monje, el tafufo por el verdadero siervo de Dios.

El conocido naturalista Domeyko, hombre de fé sincera i celoso observante de los preceptos relijiosos que impone a los cristianos la iglesia católica romana, escribió tambien su memoria sobre colonizacion: i como en cuanto se escribia sobre este importante tema, cada cual pedia para su santo; pedia el autor que solo se buscasen católicos i no disidentes para nuestras colonias. Como prueba de la importancia de semejante indicacion, tuvo cuidado de insertar en su memoria la carta que un tal Muschgay, católico de Gutemberg, habia escrito a la *Excelencia* de Chile, solicitando en ella concesiones i terrenos para fundar en la República, bajo el amparo del Gobierno, una colonia católica modelo.

Decíase en esa carta, que por lo sumo de su estilo, i por la beatitud de sus propósitos, arrancó al honrado Domeyko tan sinceros eojios, entre otras cosas en resumen, lo siguiente: que ven-

drian treinta familias católicas, que ninguno de sus miembros se habían mezclado en asuntos políticos, que todos gozaban de buena reputacion i que en cuanto a pureza de costumbres se hacian responsables todos por cada uno i cada uno por todos; pero que en cambio exijian que la colonia se colocase cerca de alguna *iglesia católica*.

Otra carta por este estilo, pero mas esplicita, del mismo director de la futura colonia modelo, llegó a manos de la misma *Exclencia* con fecha 10 de abril del siguiente año, i en ella el simple i modesto administrador de bosques de Wurtemberg, aparecia, como por encanto, convertido en diestro minero, en gran agrónomo capaz de dirigir escuelas de artes; i sobre todo en profesor de *religion Católica*. Este tunante de tomo i lomo, que solo creyó encontrar en Chile fanáticos o inocentes a quienes explotar, tuvo cuidado, para dar mas peso a su misiva, de firmarla; ¿dónde creen mis lectores que lo haria?... en el interior de un claustro! A su descarada firma O. Mushgay precedian estas testuales palabras: «Monasterio de Zwifalten del Reino de Wurtemberg, abril 10 de 1850!

Mushgay llegó a Valdivia en el bergantin *Susana*, no acompañado de los 20 exploradores, que segun sus cartas debian formar la vanguardia de su católica colonia, sino de solo 14 individuos que talvez fueron los únicos comparticipes de su proyecto que encontró a mano ántes de embarcarse: i al momento solicitó de mí una audiencia que le fué desde luego concedida. Era este un hombre robusto, mas bien alto que bajo, de poblada patilla i pelo negro. Daba poco los ojos, porque probablemente la modestia lo hacia bajar la vista. Noté en él

cierta disimulada afectacion, para lucirme las cruces de metal que llevaba por botones en el pecho de la camisa, i dos calaveras de marfil, colocadas en los ojales de los puños.

A pesar de la mala impresion que me dejó esta visita, cumplí, bien que protestando, los ofrecimientos que el Gobierno, movido por los escritos de Domeyko, habia hecho a este heraldo de modelos de colonias católicas. Puse a su disposicion, con perjuicio de los demas inmigrados, el mejor terreno que tenia, i ni siquiera aportó por él. Le di local i útiles para la escuela, i ni él la asistió, ni los niños asistieron a ella. El comensal del monasterio de Zwifalten, del Reino de Wurtemberg, iba a juego mas grande. En vez de ocuparse de algo de lo que concernia al cumplimiento de sus ofertas, se ocupaba de idear los planes i proyectos mas descabellados; entre ellos tengo uno a la vista en que proponia al Gobierno perforar, por su base, los Andes para llegar mas pronto a Buenos Aires.

Mas como en este mundo todo se acaba, apestado el Ajente de Colonizacion con los diarios oficios i proyectos de Mushgay, le intimó orden de vacar a sus quehaceres, i de abstenerse en lo sucesivo de agregar a su apellido, en sus oficios, el sobrenombre de católico, que nunca olvidaba poner como verdadero cumplimiento de su nombre.

Mushgay desde ese dia se eclipsó de Valdivia, donde no encontró chorlitos a quienes embaucar, i con la memoria de Domeyko en la mano, fué a arrojarse a los piés de nuestro buen prelado el Arzobispo de Santiago, como víctima de la malquerencia del hereje ajente de la colonizacion, quien solo por ser cristia-

no le perseguia. Entróse en el corazon del honrado i modesto príncipe de nuestra Iglesia, i con semejante llave, en el de los amigos de éste, i a los pocos meses se le vió, con jeneral admiracion, llegar a Valdivia convertido en altanero negociante, a cargo de un vapor, e investido de los plenos poderes que, para adquirir vastas propiedades territoriales, le habia confiado la opulenta familia Larrain i Gandarillas de Santiago, sin mas recomendaciones ni garantías, que las que él mismo se supo deducir de su envidiable título de cristiano perseguido.

El resultado no podia ser dudoso. Derrochados los bienes que se le habian confiado, convertido el vapor en lupanar, los jiros que en medio de la embriaguez enviaba ese tunante a sus espantados socios de Santiago, obligaron a éstos, aunque tarde, a trasladarse a Valdivia, a valerse del hereje Ajente para arrancar de las uñas de mi antigua i supuesta víctima, los jirones que aun quedaban de tan mal empleada fortuna, i para

colmo de desgracias los inocentes habilitadores i socios del honrado Mushgay, tuvieron el dolor de ver ahogarse en el Valdivia a uno de sus hermanos!

Que hizo entónces el católico jerente? Presentó a los Larrain, en una hoja de papel de marquilla, por toda cuenta i razon de los bienes que habian pasado por su mano, un jeroglífico lleno de cuadros con distintos colores sobre los cuales, ya perpendiculares ya al sezgo, se veian rengloncitos i números que nadie pudo comprender, i miéntras que sus socios daban a Barrabas con lo que les estaba pasando, Mushgay, que se habia dejado crecer la melena, se metió en la indiada de Pitrusquese. Seguro de la impunidad allí, dijo que la relijion araucana era la mas perfecta de todas las relijiones, casó allá con cuantas mujeres pudo, i desde entónces no se volvió a oír hablar mas de él!! ¡Pobre relijion, de cuántos abusos no eres víctima! Así como tras de la cruz suele encontrarse el Diablo, tras de la voz virtud, se encuentra casi siempre el falso relijioso.



CAPITULO XXI

VIAJES AL INTERIOR DE LA PROVINCIA.—LAGUNA DE LLANQUIHUE.—INCENDIO DE LAS SELVAS DEL CHANCHAN.—ESPLORACIONES DE LOS CANALES DE CHACAO I SENO DE RELONCAVÍ.—EL CALLENEL.

Salir cuanto ántes de la situacion indecisa en que me encontraba, era de todo punto necesario; pues, vista la actitud de los detentadores de terrenos, aun estaba por resolverse el problema de si podria ser Valdivia o nó el primer asiento de las colonias en Chile.

Instalados los recién llegados inmigrantes en las casas-matas del antiguo castillo del Corral, repartidos entre algunos de ellos los malísimos terrenos de Cutipai i tal cual otra aislada orilla del rio de Valdivia, orillas que por lo inútiles nadie disputaba i que yo cuidé de adjudicar sin precio alguno, para que los inmigrados esperasen con ménos desagrado, la venida de aquellos terrenos, que segun noticias debian salirles al encuentro, marché, sin mas esperar, para el interior.

La caravana era puramente exploradora. Ni yo ni los hijos del norte sabíamos a punto fijo lo que era entónces la

dichosa provincia de Valdivia, salvo la vulgar creencia de que era grande, en extremo despoblada i que llovía en ella 360 dias de los 365 de que constaba el año, i tan era así, que en los momentos de emprender el viaje acababa de recibir del señor Ministro don Jerónimo Urmeneta, un oficio, en el que me decia que habiendo sabido con sentimiento, que en la provincia no se daba el trigo, creia llegado el caso de decirme que le parecia conveniente comenzar a tomar medidas prudenciales, para la traslacion de los inmigrados al territorio de Arauco.

Acompañábame en la espedicion el modesto i mui entendido injeniero don Guillermo Frick, alemán i antiguo vecino de Valdivia i comisionado por el Gobierno para la averiguacion de los terrenos fiscales de la provincia i a mas dos de los inmigrados recién llegados.

Salimos embarcados del pueblo de Valdivia, por ser la via fluvial el único ca-

mino que entónces conducía a Futa, especie de estacion, donde deja de ser perfectamente navegable el rio de este nombre, que es uno de los tributarios del Valdivia. Maravilla, en este corto trayecto, las tranquilas i trasparentes aguas del rio; la exhuberante vejetacion que nace desde las mismas agnas, sin dejar una sola pulgada de playa donde sentar pié; la sombra de los árboles colosales que se inclinan sobre el rio cubiertos de cenefas de copihues que se balancean sobre las embarcaciones, i los muchos manzanares silvestres que a cada paso, bien que cubiertos de lampazos, parece que disputaran a los bosques su lozanía.

En Futa, ya montamos a caballo para bregar con los caminos, o mejor dicho, con las sendas mas tortuosas i llenas de sartenejas que es posible imajinar i siempre a la sombra de la tupidísima selva que separa el valle de la costa del central. A poco andar nos encontramos con una importantísima barranca en cuyo abierto centro estaba a la vista un poderoso lecho de carbon de piedra que, segun se me dijo, no se explotaba por falta de brazos i de caminos, dificultades que en mi concepto hubiera sido mui fácil vencer.

El primer aspecto de Valdivia revela mui poco a los ojos del recién llegado, cuán hermosos e importantes son sus campos del interior para la agricultura i para las artes. Los bosques intransitables que ocupan las dos terceras partes de aquel territorio, solo ostentan su maravillosa lozanía en la costa i en la base de los Andes. El centro que média entre una i otra de estas dos sombrías zonas, confin austral del valle del centro, que partiendo del pié del contra-

fuerte de Chacabuco, se estiende, sin interrupcion, hasta las agnas de Chacao, ofrece en Valdivia, por todas partes, terrenos limpios sometidos a la benéfica influencia de los rayos directos del sol. En Osorno se producen, a escepcion de la vid, todos los frutos de los países templados; i si el trigo no se esportaba entónces, como ya se ha dicho, era porque hacia mas cuenta llevarle por mar de Valparaiso al Córral que de Osorno i de la Union al mismo puerto, tal era el perverso estado de sus caminos.

Salidos de la espesura de los bosques de la costa, pudimos galopar en las preciosas i despejadas planicies del valle central hasta llegar a la pequeña aldea Union, condecorada entónces con el título de cabecera de departamento.

Era entónces gobernador de aquel aduar don Eusebio Rios, excelente i activo campesino para quien, mandando la autoridad, no habia imposibles. Oyó mis quejas de cómo se portaban en Valdivia con los recién llegados, i al momento nos sobraron terrenos de que poder disponer en su departamento, aunque, por desgracia, el estado de los caminos no me permitió utilizarlos.

Dejé en la Union recomendados a Rios los dos alemanes recién llegados i proseguí mi marcha para Osorno. No tardamos en encontrarnos con la para Chile, imponente via fluvial que lleva el nombre de Trumag. El influjo de las mareas en esa hermosa ria, se hace sentir mui tierra adentro en el valle central, bien que no mezela las aguas marítimas con las del rio en esos puntos; pero como las contiene, las hincha a tal estremo, que las embarcaciones suelen pasar por sobre las copas de los árboles sumerjidos en las épocas zizijiales.

Llegado a Osorno, este pueblo de tradiciones i digno de estudio, no llamó en manera alguna mi atención; pues, ocupada por completo mi imaginación en adquirir terrenos fiscales para salvar los compromisos del Gobierno i con la salvación de ellos a la misma inmigración, solo dediqué los días que allí estuve, a aprovechar la feliz circunstancia de que aun no había tomado cuerpo en esos lugares la idea de disputar al Estado sus terrenos para hacerme de cuantos pude.

Pero esto no pudo bastarme, porque los terrenos adquiridos carecían de aquella unidad indispensable para un establecimiento colonial de alguna importancia. Era necesario, además, para utilizarlos abrir caminos, i su extensión no los hacía merecedores de esa costosa mejora.

Informes maduramente recojidos, me convencieron que solo podía encontrar lo que deseaba, en el corazón mismo de la inmensa i vírgen selva, que extendiéndose desde Ranco, cubría la estensa base de los Andes hasta sumir sus raíces en las salobres aguas del seno de Reloncaví.

De esa sombría rejion solo los indios podían dar tal cual cabal noticia, por ser de todo punto imposible penetrar en ella sino a pié i abriendo a fuerza de machete por entre esas enramadas, angostísimas veredas que la fuerza de la vegetación i la caída de los ganchos no tardaban en borrar.

Impuesto de que a poco caminar, hacía el S. E. de Osorno, debía encontrarme con la zona occidental de esa selva, cuyo centro ocupaba la laguna de Llanquihue, a pesar de cuanto hizo el gobernador para disuadirme del propósito que con-

cebi de penetrar en ella, salí para ese temido lugar acompañado con el señor Frick i con dos indios prácticos.

Alojamos en un lugar que llaman El Burro, i al día siguiente con la madrugada penetramos con mas resolución que fuerza física en aquella ceja de cinco leguas de ancho de un bosque tan espeso, que ni las cartas podían leerse a su sombra. Las raíces entrelazadas, los matorrales espinosos, los quilantales afectados a los troncos con poderosísimas lardizábalas i el piso fangoso i lleno de charcos, sobre los que formaban techos hojas podridas que a cada paso nos hundían, opusieron a nuestra marcha a pié la mas séria resistencia; pero, al fin, llegamos, bien que molidos i casi arrepentidos de nuestro jactancioso arrojo, al lugar de nuestro destino, al cabo de siete horas de la mas endiablada brega.

Pero todo aquel mal estar, todo el cansancio se tornó en entusiasmo i alegría, cuando saliendo de repente del oscuro recinto de la selva, se presentó a nuestra vista, sin transición ninguna, el mas espléndido panorama.

Fué aquello como alzar un telón de teatro que transforma en cielo una decoración de calabozo.

Encontrábame como por encanto en la márjen occidental del gran lago de Llanquihue que, semejante a un mar, ocultaba en las brumas del norte i del sur el término de las limpias aguas que, tranquilas entónces, parecía que retozaban a mis piés por entre las raíces de los robustos árboles que orlaban la playa donde nos detuvimos. La pura atmósfera del oriente hacia resaltar con el azul del cielo, los mas delicados perfiles de las últimas nieves que coronaban las alturas de Pullegue de Osorno i de

Calbuco, conos volcánicos que alzándose al poniente del Tronador, de donde se desprenden, parecia que alineados, se miraban en las aguas del lago.

El gran fondo de humus vegetal que tenia todo el terreno que acababa de recorrer, aunque en muchas partes parecia aquello una marisma, descubria, tan sin esfuerzo, cuánto partido podria sacar de esos lugares la industria agricola, que a pesar del cansancio i la carencia de provisiones, resolví no regresar ántes de explorar, siquiera durante un par de dias mas, tan interesantes campos.

Acompañábame un tal Juanillo o Pichi-Juan, indijena borrachon tan conocido como práctico de las mas ocultas sendas de los bosques i jencalojista ademas, para atestiguar a quién de sus antepasados pertenecian los terrenos que solian adquirir a hurto los valdivianos.

Aseguróme Pichi-Juan que no nos moriríamos de hambre, i en cuanto no mas concluyó de formarme con su machete, una cómoda enramada, hizo fuego i se alejó para volver un cuarto de hora despues con gran cantidad de avellanas i cinco panales de riquísima miel, que habia sacado de las hoquedades de los árboles. El suelo de los contornos del lago se encontraba, testualmente hablando, empedrado con avellanas, i la miel en todas partes.

El grande abejarron chileno, que vemos con tanta frecuencia, zumbando por entre las flores de nuestros jardines, no fabrica cera como la abeja europea. La miel que acopia es transparente i líquida, i las basijas en que la deposita, son alveolos regulares simétricamente colocados hechos de fibras vegetales tan es-

trechamente unidos, que no dejan escapar ni un átomo de la miel que se deposita en ellos. Este interesante insecto que talvez el arte i el tiempo, logren domesticar, defiende como el europeo su propiedad, i cuando no la puede rescatar con la violencia de sus lanzetazos, lo hace con la astucia. Habia yo dejado dos panales llenos de miel cerca del lugar donde, rendido por el cansancio, me sorprendió el sueño, i al despertar no encontré en ellos ni una sola gota de miel, el tejido cañoso de los panales conservaba el mas grato olor a flores. Para averiguar si contenia cera, le hice hervir al fuego en una escudilla de lata, i como del hervor no resultase ni vestijios de ella, para poder examinarlo con mas detencion, despues de estrujarle, le guardé bajo un sobre de carta en el bolsillo de mi paletot. Recuerdo que abriendo, dos años despues, un baul donde yo colocabá la ropa inválida, me sorprendió el olor a flores que de él salia, i que, procurando averiguar la causa de tan singular fenómeno, ese olor provenia de los panales olvidados, siendo de notar a mas, que no se encontraba en la ropa de paño, ni un solo rastro de polilla.

Como no podíamos recorrer ni aun el trecho de cien metros, por la orilla de la laguna, a causa de algunos ribazos i sobre todo del bosque, que en los bajos fondos se adelantaba mucho aguas adentro, hicimos con un tronco carcomido, una canoa, i sin mas que vaciarle i tapar con *champas* sus dos abiertos extremos, provistos de cascarones de árboles por remos, nos metimos al dia siguiente don Guillermo Frick i yo en el tal bajel i, llenos de contento, emprendimos la tarea de salvar, por agua, el gran ribazo que se oponia a nuestras exploraciones.

Todo favoreció al principio esta singular calaverada.

Radiaba con todo su esplendor el sol de la mañana, ni la mas leve brisa perturbaba la luna del verdadero espejo sobre que navegábamos, así es que, salvo el cansancio que nos dió el hacer andar con tan buenos remos, nuestro hueco tronco, doblamos sin novedad, al cabo de dos horas, la puntilla que impidiéndonos el paso, nos ocultaba el mas pintoresco i agreste puerto de aquel pequeño Mar Mediterráneo. La hondura de sus aguas nos pareció, porque no llevábamos mas sondaleza que los astillones que nos servían de remos, capaz para embarcaciones de algun calado, i la configuracion de sus boscosas costas, propias a defender el ancladero contra la accion de los vientos cardinales del compas; pero sus playas estrechadas contra el agua por lo tupido del bosque, no tardaron en convencerme que toda exploracion, orillando la laguna por tierra, seria por entónces escusada. Ocupámonos, pues, de hacer una gran provision de huevos de aves acuáticas que encontramos entre las espadafias de algunas islitas, que adornaban las aguas del puerto, i al entrarse el sol, salimos en demanda de nuestro alojamiento. Pero todo lo que era paz i calma dentro del puerto, era guerra i tormenta fuera de él. La ola que levanta el viento en la laguna, es siempre peligrosa; mas, como cuando nosotros vinimos a conocer la imprudencia que cometimos al abandonar el puerto, ya era imposible tornar a él; fué, pues, preciso resignarnos a esperar de la merced del viento i del acaso, lo que no nos era ya dado esperar de nuestros inútiles esfuerzos. Allí nos sorprendió la noche, oscura como nunca. Empapados

con las olas, achicando el agua con los sombreros, i cuidando con la mayor ansiedad no se destapase alguno de los dos extremos del tronco, cuya conservacion a flote era nuestra única esperanza, ya la perdíamos al todo, cuando en medio de una reventazon, cuyo estruendo no comprendimos, una ola volcando el malhadado tronco, se lanzó con sus maldantes pasajeros, sobre los pedrones de una playa!

Cruel noche nos esperó por cierto. Mojados como estábamos, sin fuego i sin abrigo, porque nos encontrábamos entre un ribazo i el agua, recibiendo directamente el aire que nos venia de la cordillera i sin mas camas que hojas de nalca colocadas sobre el puntiagudo ripio de la playa, pasamos aquella noche de recuerdos.

La hoja de nalca o pangui, como la llaman en el norte, excede en tamaño los limites de la ponderacion en Llanquihue. Las hojas que desprendimos de una nalca, que se alzaba al pié del ribazo de los naufragos, fueron medidas por el ingeniero Frick a mi vista. Solo los brazos podian, es cierto, servirnos de vara en nuestro alojamiento, i una de las hojas midió tres varas i cerca de cuarta de diámetro; lo cual referido por mí despues, no atreviéndose a decirme que mentia, el bueno de mi interlocutor, improvisó la palabra *poesia*. Con la extraordinaria dimension de algunos troncos, sucede otro tanto, i los que deseen ver *poesia*, no tienen mas que alejarse un poco de Puerto Montt por el camino del Arayan, i verán sobre el corte transversal de un alerce, colocado en alto, el mas poético jardin.

Al venir el dia supimos por un indio que nos buscaba, que no distábamos

mucho de nuestro primer alojamiento, i curados del prurito de los descubrimientos, pero llenas las cabezas de proyectos, tornamos a movernos hasta llegar al Burro i de allí a Osorno.

En mi tránsito ofrecí a Pichi-Juan treinta *pagas*, que eran entónces treinta pesos fuertes, porque incendiase los bosques que mediaban entre Chanchan i la cordillera, i me volví a Valdivia a calmar el descontento que ya comenzaba a apoderarse de los inmigrados, los cuales no sabian qué hacer de sus personas en el provisorio alojamiento donde, por falta de terrenos, les habia yo dejado.

Mi llegada produjo el inmediato repartimiento de los terrenos baldíos de Osorno i de la Union, lo cual llenó a todos de contento. Vi tambien con gusto que muchos de los mas acaudalados inmigrados habian comprado sitios i estancia en las cercanías de Valdivia; i que, animados con mis informes, se disponian a hacer otro tanto en el interior, confiados en que pronto se abririan los caminos que, a nombre del Gobierno, les tenia yo ofrecidos.

Valdivia es una de las rejiones de Chile donde con mas frecuencia llueve, sin que por esto caiga allí mas agua que la que cae en Colchagua; por esta razon se nota en aquella provincia el singular fenómeno de verse siempre el sol, aunque por pocos instantes, en todos los dias del año, aunque fuere en pleno invierno. Esta singularidad ofrece, a cada rato, al pintor paisajista i al observador de las bellezas de la naturaleza, contrastes de increíbles efectos de luz i de sombra. Hai ocasiones que diluvia en la mitad de un árbol al mismo tiempo que en la otra mitad se ve radiante el sol.

Hacia ya tres meses que el disco de

este astro, siempre puro allí cuando se deja ver, aparecia empañado. Pichi-Juan habia dado, desde entónces, principio a la tarea de incendiar las selvas que ocupaban gran parte del valle central al S. E. de Osorno. El fuego que prendió en varios puntos del bosque al mismo tiempo, el incansable Pichi-Juan, tomó cuerpo con tan inesperada rapidez, que el pobre indio, sitiado por las llamas, solo debió su salvacion al asilo que encontró en un carcomido coigüe, en cuyas raices húmedas i deshechas pudo cabar una peligrosa fosa. Esa espantable hoguera, cuyos fuegos no pudieron contener ni la verdura de los árboles, ni sus siempre sombrías i empapadas bases, ni las lluvias tormentosas i casi diarias que caian sobre ella, habia prolongado durante tres meses su devastadora tarea, i el humo que despedia, empujado por los vientos del sur, era la causa del sol empañado, al cual durante la mayor parte de ese tiempo, no se pudo mirar en Valdivia con la vista desnuda.

Tan pronto como cesó de arder aquella hoguera, fué preciso emprender otra i mas detenida esploracion por los lugares que habia franqueado el fuego en el departamento de Osorno. Recorrí, pues, en ellos con encanto todos los terrenos que yacen al norte de la laguna de Llanquihue, La anchura média de los campos incendiados podíase calcular en cinco leguas i su fondo en quince. Todo el territorio incendiado era plano i de la mejor calidad. El fuego que continuó por largo tiempo la devastacion de aquellas intransitables espesuras, habia respetado caprichosamente algunos luquetes del bosque, que parecia que la mano divina hubiese intencionalmente reservado para que el colono tuviese, a mas

del suelo limpio i despejado, la madera necesaria para los trabajos i para las necesidades de la vida.

Puesto en aquel lugar, intenté penetrar hasta la laguna, i no pudiéndolo verificar por el norte, por lo enmarañado del bosque que me separaba de ella, procuré hacerlo por las inmediaciones del Maullin.

La disposicion en que se encontraban los terrenos que rodeaban la laguna podíase considerar como compuesta de tres fajas concéntricas perfectamente demarcadas por su naturaleza. La exterior, que tendria cinco leguas de fondo en la línea de su radio, era inferior en calidad a las otras dos; su suelo quebrado, pedregoso i en ocasiones de mui poco fondo, apoyado sobre un estenso lecho de Cancahue, estaba cubierto de estensas selvas i de tan tupidos quilantales, que solo podia transitarse en él a pié i abriendo a machete una estrecha bóveda que apenas dejaba percibir la luz. La naturaleza de este terreno mejora visiblemente a medida que se acerca a la laguna; su vegetacion era mas frondosa, i sus pastos mas suculentos. La intermedia que aquí llaman *El ñadi*, es una vega hermosísima despejada de árboles i cubierta del colihue enano, de coiron i de otras grammas preciosas para forrajes, que pueden dar a los ganados una prolongada primavera. Puede tener como una legua de ancho, i en su curso, al rededor de la laguna, la interceptan varias alturas cubiertas de bosques. Su terreno arcilloso en los claros es de excelente calidad en las alturas. Estos bajos, como todos los del país, aparentísimos para los ganados en verano, no lo eran tanto entónces para la agricultura, por la salida de que carecen las aguas en el in-

vierno; pero este mal era, como se vió despues, junto con la presencia de los pobladores, de fácil remedio. Tras esta vega siguen las alturas planas i feraces que, en una faja de tres leguas de ancho, forman el ámbito de las aguas.

Suponiendo, pues, que éste sea, como generalmente se asegura, de 30 leguas i la anchura média de la faja de terrenos fiscales que le rodea, de 5, podia decirse que el Estado poseia entónces estos terrenos de circunvalacion, i en los despejados por el incendio, mas de 200 leguas de campos planos, vírgenes i arables, que poder repartir entre los inmigrados.

Escuso enumerar las ventajas que ofrecia al agricultor aquella pampa cubierta de cenizas, sobre cuyas plomizas blancuras se alza aun tal cual jigante de la vegetacion carbonizado i casi devorado por las llamas. Servíale de limites al norte selvas vírgines de empinados robles: gruesas lumas, corpulentos laureles i tupidísimos quilantales le cerraban por lado del poniente, i los cipreses i los alerces, colosos de la vegetacion austral, solo esperaban en el sur la mano del hombre para retribuir con riquezas sus esfuerzos. I como no siempre la alta vegetacion es circunstanciable prueba de la bondad del suelo que la sustenta; para patentizar esa bondad, parece que la naturaleza se hubiese esmerado en convertir en jigante, allí, las plantas que se distinguen por su pequeñez en el norte.

El ñilhue, que sube a la altura de un hombre a caballo, ostenta un tallo tierno i jugoso de dos pulgadas de diámetro, el arrayan, ese arbusto mimado de nuestros jardines, compite allí en altura con los mas empinados pellines, i de su tronco pueden sacarse tablones hasta de

una vara de ancho: he medido con el señor don Guillermo Frick, a orillas de las pintorescas cascadas que caen a la laguna, como ya lo he dicho, hojas de panqui de diez varas de circunferencia.

Pero de nada podria servir, por de pronto, aquella fuente de riquezas entregada a su soledad i apartamiento, si un camino cómodo i de barato trayecto no la ponía en inmediato contacto con un puerto que brindase seguridades a los navieros; porque, una colonia i esta verdad es preciso no perderla jamas de vista, no puede progresar sino de fuera para adentro. Internar de un repente al inmigrado al fondo de un desierto por rico i feraz que este fuere, sin prévia i costosas disposiciones para precaber los falsos efectos del aislamiento, es tirarle a matar, o por lo ménos a esterilizar su activa abnegacion.

El inmigrado debe sentar, desde luego, su primera residencia en un puerto del desierto que debe poblar i no mover un pié hácia adelante, sin dejar el de atras perfectamente asegurado.

Persiguiendo la realizacion de esta idea repetí, a pesar de la inclemencia de la estacion, mis viajes a los lugares incendiados: tomé algunas alturas i marcaciones que relacionadas con el mapa de La Moraleda, único de que pude entónces disponer, porque los de King i Fites Roi eran solo costaneros, i adquirí la grata conviccion que, por lo ménos, el mar, sino un buen puerto, debia de distar mui poco de la parte austral de la laguna, cuyos contornos se prestaban tanto a fundar en ellos, la base de la colonia, sueño dorado del malogrado Philippi, i que en esos momentos lo era tambien del Gobierno.

Dos graves dudas se oponian desde

luego a la realizacion del proyecto de establecer colonias en tan apartados lugares: era la primera, si los canales Septentrionales del archipiélago de Ancud se prestaban o no a la fácil i segura navegacion de embarcaciones de gran calado, i la segunda, si, vencida esta dificultad, se encontraria o nó en el Golfo o Seno de Reloncavi, un puerto seguro que no distase mucho de los terrenos que debian poblarse. Puede deducirse la poca luz que me dieron los muchos informes que recojí sobre uno i otro punto, del tenor de las clases a las 2.^a, 3.^a, 4.^a i 7.^a de las instrucciones que dí por escrito al comandante de la Janequeo D. Buena Ventura Martinez, cuando recibió orden de practicar la exploracion de los canales i la del Seno de Reloncavi.

2.^o Llegado a San Carlos de Ancud, se pondrá en comunicacion con el señor intendente de aquella provincia, i despues de haber practicado cuantas dilijencias juzgare necesarias para la adquisicion de datos sobre los canales que deben guiarlo hasta el Seno de Reloncavi, tomará a su bordo el mejor i mas acreditado práctico de aquellas aguas, i dará principio a la exploracion con toda la cautela que su prudencia le dictare.

3.^o No serán inconvenientes la demora i la lentitud, lo que se requiere es el acierto.

4.^o El señor comandante no aventurará la goleta en peligros conocidos, pero tampoco cediendo al influjo de simples informes, dejará de acometerlos i, solo desistirá de continuar en su propósito, cuando la evidencia le persuada, que con su insistencia, espone la vida de sus marinos.

7.^o Por punto jeneral, el señor coman-

dante no debe perder un momento de vista que, del feliz resultado de la expedición que se confía a su celo i su patriotismo, pende el futuro bienestar de las colonias del sur de la República, i que la honra de haberla emprendido, refluirá sobre él i sobre sus intrépidos marinos.

Marchaban así las cosas cuando un conjunto de accidentes, muy comunes en todas partes, pero rarísimos en Valdivia, vinieron a poner en duro peligro el crédito de que comenzaba a gozar esta provincia en el extranjero.

En la Union se habían perpetrado actos brutales de violencia contra la honra de la esposa de un inmigrado recién avendado en aquel lugar.

En Osorno un cadáver alemán enterrado con imprudencia, con sus anillos de oro, habia sido exhumado i espuesto a la voracidad de los perros; i para remate de desgracias, en Valdivia un excelente jóven alemán que acababa de construir una de las primeras i mas cómodas casas, de las muchas que la actividad alemana levantaba en estos despoblados, i que habia ademas mandado a Europa por sus padres i su prometida, fué asesinado a martillazos por uno de sus mejores peones, en el momento mismo en que recibia un adelanto de dinero que habia pedido a su amo.

Llegaron a mi noticia tan inoportunos acontecimientos juntos con una carta cuyo contesto copio:

«¡Alto nacido!

«Si todos los chilenos fuesen como usted; Valdivia seria para nosotros un verdadero paraíso; pero desgraciadamente no es así. En la Union violan nuestras esposas, en Valdivia nos asesinan, i en Osorno ni aun el descanso

» del sepulcro nos es permitido, pues se » exhuman nuestros cadáveres para que » sean pasto de los perros!»

Como no se requiere mucho esfuerzo de imaginación, para deducir qué efecto podria producir en Alemania, sobre el ánimo del que se proponia partir para Chile una carta tan concisa, cuanto dolorosa; no perdoné sacrificios ni delijencias para evitar que tales noticias llegasen sin compensación a su destino; i mientras se daban pasos para el inmediato castigo de semejantes crímenes, previendo que las primeras cartas que se escribiesen debian de ir precisamente colmadas de desaliento, hice circular que habia proporcionado directa para Hamburgo, i que esperaba se me entregasen sin pérdida de tiempo las cartas que se quisiesen escribir. Hicieronlo así, i un voluminoso paquete de comunicaciones pasó de manos de mis consternados hijos, porque me daban el título de padre, al cajón de una de mis cómodas donde lo dejé esperando mas oportuna ocasión para remitirlo a su destino.

No tardó ésta en presentarse; el asesino preso i convicto fué en el acto condenado a muerte; el violador resultó ser alemán, i los autores de la exhumación, unos despreciables indígenas, que sin otro objeto que el de hacerse de un anillo de oro, habian, a hurto de las autoridades, cometido aquel torpe desacato.

La vuelta de la expedición al Seno de Reloncaví; el feliz éxito que coronó esa exploración; i la esperanza del pronto repartimiento de los afamados terrenos del interior que estaban tan inmediatos al mar, como el mismo Valdivia, volvió el contento a los desconsolados alemanes, los cuales sabiendo por mí que habia otra proporcion para escribir por vía

directa a Hamburgo, escribieron llamando entusiasmados a sus deudos! No deseaba yo otra cosa. Uní estas cartas de aleluyas, a las lacrimosas que aun tenia reclusas en mi cómoda, i di con todas ellas juntas en la balija del correo.

El celoso comandante de la *Janequeo* habia, en efecto, desempeñado el cargo que le fué confiado con sumo tino i singular fortuna. Resultaba de su exploracion que el canal de Chacao i sus tributarios, al travez de los cuales suben i bajan las mareas, que por la parte del poniente acrecen i disminuyen las aguas del seno de Reloncaví, podian ser navegados sin peligro atendible por embarcaciones de gran calado: que el Seno de Reloncaví, al abrigo de todos los vientos del Norte, era un mar tranquilo, llano i sin peligros ocultos, i que en la rejion O de su término septentrional se encontraba, al abrigo de la pintorezca isla de Tenglu, uno de los mas seguros puertos de los infinitos que bañan las aguas de los archipiélagos de Ancud i de Guaitecas. Con este puerto, que llamé entónces Callenel, por ser éste el nombre del lugar i que, segun el mapa del alférez de fragata don José de la Moraleda, publicado en 1792, parecia estar como a cinco leguas de la márjen austral de la laguna Puraila o Llanquihue, no solo se salvaba las principales dificultades que, hasta entónces, se habian opuesto a utilizar

aquellos despoblados en beneficio de un establecimiento colonial, sino que se abria a la esportacion de los frutos, del rico departamento de Osorno, el fácil i provechoso espendio de que hasta entónces habian carecido.

En efecto, mis repetidos viajes al interior i los activísimos trabajos de los ingenieros que el Gobierno habia puesto a mi disposicion, no tardaron en evidenciar: que un camino de 21,570 metros entre el mar i la laguna, al travez de la espesa cepa de bosques que separaba estas dos aguas, i otro de 48,804, entre el Norte de la Laguna i Osorno, bastarian, el primero, para poner en mediato contacto con el puerto todos los productos del vasto perímetro del lago, i el segundo, los del rico i aislado departamento de Osorno con los puertos de éste.

Aclarada esta duda, solo faltaba que el trabajo i la actividad llevasen a efecto tan primordiales obras i para no dejarlas de la mano un solo instante, despues de hacer medir i repartir entre algunos inmigrados los terrenos fiscales de que pude disponer en los contornos de Osorno i de la Unión, acompañado de un ingeniero i varios obreros alemanes me embarqué en el Corral de donde me dí a la vela en demanda de ese salvador Callenel, base de mis futuros trabajos i primer asiento de la proyectada colonia de Llanquihue.



CAPITULO XXII

COLONIA DE LLANQUIHUE.—SUS PRIMEROS PASOS.—SUS ENEMIGOS.—SUS PROGRESOS.

Contrasta en Chile el clima de las regiones septentrionales con el de las del sur. En aquella daña la suma sequedad, en estas, el exceso de lo contrario. Son en el norte los caminos, las arterias de comunicacion: en el sur, el álveo de los rios o de los canales. No es de admirar que así como el norte es patria del hombre que nace i muere a caballo, como vulgarmente decimos, el sur lo sea la de los mas robustos i arrojados marinos.

Nada mas hermosa, fácil i segura que la navegacion de los canales que median entre San Carlos de Chiloé i las tranquilas aguas del Callenel. Anchura grande, fondo sobrado para toda clase de embarcaciones, mareas arregladas, puertos a cada paso o mas bien dicho, un solo puerto continuado donde no hai mas que soltar el ancla para estar seguro. Solo se encuentra en el canal de Chacao una sola roca amenazadora en el paso Junta Remolinos; pero como está a la vista, i média entre ella i la costa un espacio de 12 cuadras, no ofrece peligro alguno.

Quien navega por primera vez en estos canales i en sus adyacentes, no puede persuadirse de que aquellas angostas i tranquilas vías de agua, sean brazos de mar, sino profundos rios navegables sujetos a la influencia directa de las mareas. Las pintorescas islas que estrechan, ensanchan o prolongan esos canales, se asemejan a colosales copas de árboles sumerjidas hasta la mitad, en las profundidades de las aguas. Altos i apiñados son los bosques que las cobijan, i solo descubre el viajero en el perímetro de todas ellas: aisladas chozas, tal cual imperfecto sembrado i una que otra embarcacion menor para facilitar el contacto entre los isleños de aquellos húmedos lugares.

Admira la situacion de la aldea de Calbuco, capital del departamento del mismo nombre. Los españoles que nunca buscaron, para la fundacion de sus ciudades, lugares necesarios al comercio i a la industria, sino lugares fortalecidos por la naturaleza; elijeron para fundar a Calbuco una mesquina isleta, separada

del continente por un brazo de mar que mas parece foso que otra cosa.

Este Ingarejo, lleno de desgredo i de pobreza, era lo primero que, despues de pasar la peligrosa garganta de Puruñun, ofrecia la mano del hombre a la vista del viajero, asombrado de encontrar tanta miseria en medio de tan rica naturaleza. Dejando atras este pueblo, que solo prolongaba su existencia por residir en él los sub-ajentes de los espeditores de maderas de San Carlos, los cuales recibian i acopiaban a toda intemperie en él las tablas que producian los alerces de la costa oriental del Seno de Reloncaví, se entra en la hermosa bahía del mismo nombre, tan semejante a una laguna sin salida por la configuracion del terreno, que la rodea al norte, al oriente i al poniente, i por las pintorescas islas que parecen cerrar al lado del sur el paso a las aguas del océano.

Fué éste el seno que divisé desde las faldas del Osorno despues de recorrer los campos incendiados del Chanchan i su proximidad a la laguna de Llanquihue, el motivo de las felices exploraciones que me indujeron a colocar sobre sus playas el primer asiento de la proyectada colonia.

Solo me debo congratulaciones por el resultado de mi prolijo estudio sobre la importancia de esta interesante bahía. En el norte de ella i bajo el nombre de Callenel, territorio del silencioso Melipulli, habia colocado el acaso uno de los mas seguros i cómodos puertos que posee la República.

La pródiga naturaleza al formar ese surjidero, parece que se hubiese esmerado en dotarle de todas aquellas ventajas que solo obtiene la mano del hombre en

otros puertos a fuerza de tiempo i de supremos sacrificios. A la imperturbable tranquilidad de sus aguas, abrigadas contra todos los vientos del compas, reúne la inapreciable comodidad de ser un dique natural que en las épocas zizijiales de cada mes, vácia sus aguas, i deja suavemente a descubierto las mas poderosas quillas, así como seis horas despues, las sumerje, las alza i pone a flote sin el menor vaiven.

Este importante lugar, colocado en el punto preciso donde debia de iniciarse el primer trabajo colonial, fué designado como centro i punto de partida permanente para las operaciones subsiguientes. La poderosa selva que lo cubria en su totalidad, no dejaba al pié del hombre mas lugar donde detenerse, que la estrecha zona de pedruscos i arenas que dejaba libre dos veces al dia el reflujo del mar. El hacha i el fuego franquearon pronto asiento a un mal galpon, i no fué otra la primera piedra que en 1852 sirvió de base al hermoso edificio que miran con patriótica emocion cuantos, conociendo lo que aquello fué, tienen ocasion de ver lo que es ahora.

A ese solitario e improvisado asilo, que el mar estrechaba por un lado i un imponente bosque con su fangosa base por el otro, fueron conducidos sin mas esperar, los inmigrados que yacian apilados en las húmedas casas-matas de los castillos del Corral, i otros mas que en aquellos momentos llegaron de Hamburgo.

El censo de estos primeros pobladores, aunque reducido, merece consignarse aquí; constaba de 44 matrimonios i su composicion era la siguiente:

Hombres casados.....	44
Mujeres casadas.....	43
Hombres solteros.....	14
Mujeres solteras.....	8
Hombres de 1 a 10 años.....	31
Mujeres de 1 a 10 id.....	28
Hombres de 10 a 15 id.....	24
Mujeres de 10 a 15 id.....	20
	—
Total.....	212

Todavía recuerdan con agradecimiento estos primeros inmigrados, la jenerosa i fraternal recepcion que, al pasar por San Cárlos, les hicieron sus entusiastas habitantes.

El comercio envió embarcaciones para desembarcarlos; el señor Intendente i las demas autoridades salieron a recibirles a la playa, i la respetable señora Alvaradejo, esposa de Sanchez, ámbos de las mas consideradas familias de Ancud, franquearon su hermosa casa de campo, en donde a su vista i bajo la vijilante i delicada hópitalidad del bello sexo de la capital de las islas, se festejó a los enflaquecidos pasajeros con una opípara comida. Fué ésta una demostracion necesaria; necesitaban aquellos espatriados voluntarios algo con que retemplar su casi perdida esperanza de poder hacer algo en Chile; así fué que, llenos de nuevos ánimos, llegaron al dia siguiente a Callenel, donde tomaron alegres, posesion del *poco envidiable asilo que se les tenia preparado.*

Llenos de privaciones i espuestos, hora a hora, a la inclemencia de su clima, que solo la paulatina destruccion de los bosques ha podido modificar despues, fueron los primeros colonos un ejemplo de lo que puede el hombre que lucha contra la naturaleza, cuando le asiste la

fé en el porvenir, i le sostienen los naturales atributos de ella: el trabajo i la abnegacion.

Poner en aquellos lugares una cuadra de tierra en estado de cultivo, parecia, en efecto, empresa mui superior a la fuerza de los medios empleados para conseguirlo. Hallábase todo aquel vasto territorio cubierto de espesísimas selvas desde las nieves eternas de los Andes, las cuales parecian desprenderse i marchar sin interrupcion hasta las mismas aguas del mar. Allí crecian i se alimentaban aquellos colosos de nuestra vejetacion de cuyos rectos troncos aun se sacan mas de dos mil tablas (1); allí los árboles seculares invadian el dominio de las aguas, hundiendo en ellas sus robustas raíces, las cuales aparecian en los reflujos cubiertas de zargasos i de mariscos, sin que la sal marina menoscabase en nada la fuerza de su vejetacion; allí los espinosos matorrales i tupidas quilas envueltas i estrechadas contra los troncos por los retorcidos cables de las flexibles lardizábalas, interceptaban hasta la luz del sol, i el piso húmedo i fangoso que los sostenia, se ocultaba bajo un hacinamiento impenetrable de troncos superpuestos i en descomposicion. El fuego mismo en aquellas humedades permanentes perdia mucho de su carácter destructor.

No hai en esta descripcion del bosque del litoral marítimo de Melipulli nada de exajerado, i pudiera aplicarse con solo la mudanza de nombres, a cualquier otro punto de aquellos lugares donde

(1) El alerce, este poderoso vejetal, sobre el cual mas es lo que destroza el hacha que lo que de él aprovecha, ha sido por muchos años i lo es todavía, la fuente de riqueza de mas precio de aquellos lugares.

no haya dejado aun rastros el hacha.

La relacion de uno de los muchos dolorosos episodios que surjieron en los primeros pasos que dió la colonia en medio de estas selvas, espresará mejor que toda otra clase de descripciones, lo que eran en aquel entónces esos lugares donde ni las aves podian penetrar, i que cuando llegaban a conseguirlo, no hallaban tierra donde posarse, porque ésta se encontraba de uno a seis metros de hondura, bajo una aparente superficie formada por restos de vejetales hacinados i en continua descomposicion.

Fatigados los colonos, que habian sido trasladados de las casas matas del castillo del Corral a Llanquihue, de la enojosa situacion en que se hallaban, pues por falta de caminos, aun no habia sido posible repartirlos en sus respectivas hijuelas, apénas vieron volver los primeros exploradores que acababan de abrir a hachuela i machete una tortuosa i mui estrecha senda entre el puerto i la laguna de Llanquihue, cuando solicitaron del ajente el permiso para recorrerla. Salió éste en persona con treinta i dos de los mas animosos, i un instante despues, marchando de uno en uno, desaparecieron todos en aquella senda que pudiera llamarse oscuro socabon de cinco leguas, practicado al traves de una húmeda i espesísima enramada, cuya base fangosa se componia de raíces, troncos i hojas a medio podrir. A cada rato se hacia alto para poderse contar; pues, como las ramazones que apartaba con esfuerzo el de adelante, se cerraban al momento tras de él parecia que cada uno marchaba solo por aquella selva. A la media hora de una marcha mui fatigosa, al practicar nueva cuenta en un descanso, se notó, con sorpresa primero,

i despues con espanto, que faltaban dos padres de familia, Lincke i Andres Wehle! Se les llamó, se hizo varias veces fuego con las armas que llevaban, se mandó volver atras, para ver si a lo largo del sendero se encontraba algun rastro de desvío para socorrer a aquellos desventurados. En vano fué el mandar comisiones de hijos del país, halagados con ofrecimientos, en vano el disparar con frecuencia el cañon del *Meteoro*, todo fué inútil, aquellos dos desgraciados habian desaparecido para siempre!

Dieziseite años despues he encontrado en el risueño i pintoresco Puerto Montt a un jóven de 26 años que venia de Copiapó a recojer los bienes que dejó su padre Andres Wehle, perdido en las selvas i muerto de hambre i de desesperacion con su compañero Lincke en los primeros dias de la fundacion de la colonia!

Cuando se zanjaron los cimientos de ésta, aquellas rejiones eran aun la viva imájen de lo que fueron dieziseis años ántes, ni podian por consiguiente ser descritas de distinto modo del que lo fueron en aquella época por los ilustres viajeros ingleses, quienes, por órden de su gobierno, exploraban nuestras costas (2).

Fué tal la desfavorable impresion que causó en el ánimo de estos activos exploradores el aspecto de aquellas inhospitalarias i sombrías costas, que al describirlas, juzgaron oportuno hacerlo con letra bastardilla, creyendo talvez que solo así se daria por el lector el carácter terminante que ellos mismos daban a su inapelable fallo. Su descripcion, en efec-

(2) Sketch of the surveying of his majesty's ships *Aventur* and *Beagle* 1836. *Journal of the Royal Geographical Society of London.*

to, basta para escluir de la imaginacion hasta la futura esperanza de utilizar aquellos desiertos en obsequio de la humanidad.

Oigámosles por un momento:

«Mucho se asemeja la Patagonia Occidental a lo peor que puede encontrarse en la Tierra del Fuego.....Cada pulgada de tierra, cada árbol, cada matorral es una esponja saturada de agua.... Es probable que de los doce meses de que consta el año solo puedan contarse diez dias libres de nevazones i de aguaceros, i jamás se contarán treinta en que no se esperimenten vientos huracanados.....Puede decirse, en verdad, que al sur de Chile no se encuentra *un solo* lugar donde el hombre civilizado pueda establecerse..... El clima de Valdivia es de todo punto igual al de Chiloé, lo que de seguro, por regla jeneral, es un obstáculo para la cultura de aquellos campos.» Se vé, pues, que la reprobacion la estienden aquellos ilustres marinos hasta el mismo Valdivia.

Hombres a quienes el barro i las lluvias espantaban, ¿qué podian informar del lugar de los barroes i de las lluvias? Solo un labriego al examinar un reciente sembrado, que, para un neófito no es mas que árboles i pastos destrozados i suelos removidos, exhibiendo sus áridos terrones, descubre en medio de ese aparente destrozo la simiente que, pocos meses despues, ha de transformar aquello en un alfombrado de doradas mieses. Para emitir juicios acertados sobre empresas materiales que exigen una accion personal, fuerte i constante; para mirar de frente a una imponente dificultad; para sufrir el hambre, el cansancio, las inclemencias atmosféricas; para despreciar el dolor, el peligro i calcular, en me-

dio de él, las futuras conveniencias de los lugares que se examinan, no se han hecho los tímidos corazones.

He hecho estas breves indicaciones sobre juicios precipitados, porque no fueron ellos los que ménos mal hicieron a la colonia en sus primeros pasos. Contra este inocente, i como ningun otro útil establecimiento, se habian conjurado los mas estravagantes enemigos. Las autoridades de las vecinas provincias, contajadas por el odio infundado que muchos de sus vecinos alimentaban contra los estranjeros, contrariaban a cada paso la marcha del ajente de la colonizacion en sus respectivos territorios. El fantasma de los terrenos fiscales alzó tambien en Llanquihue su inoportuna i descarada cabeza; i todos los terrenos proclamaron dueños tambien allí. Cuando la prensa se ocupaba de ella, no era mas que por llenar vacíos o por satisfacer agravios. Mui pocos periodistas sabian donde estaba la colonia, sin dejar por esto de ocuparse de ella, i de criticar su situacion, haciendo una lastimosa confusion entre Valdivia i Llanquihue i aun entre el significado de las palabras emigracion, inmigracion i colonizacion que lastimosamente confundian, lo que me obligó a escribir la memoria que sobre estas tres voces dediqué a don Antonio Varas en diciembre de 1854. Hubo remitidos que haciendo al Gobierno cargos por las *injentes* sumas que se malbarataban en un establecimiento como ese, esclamaban llenos de estúpida suficiencia: ¿cuál era el provecho que el país sacaba de la colonia? i esto era repetido hasta en conversaciones. Al niño en mantillas le criticaban porque no podia aun pagar la leche con que se le amamantaba! Pero esos enemigos no

bastaban, era preciso que entrase en línea el negro fanatismo que, para vergüenza de la humanidad, campea aun en el siglo en que vivimos: este implacable enemigo del progreso i de cuanto encierra de divino el corazón humano, no tardó en encontrar en un ministro de justicia, para quien el hábito hacia al monje, i en un decano universitario, de estos que llaman pasados por agua los españoles, los instrumentos que necesitaban para hostilizar a la colonia.

Por poco grato que me sea, como chileno, traer a la memoria estos hechos, fuerza es consignarlos aquí, para que se vea cuán en ménos se miraba entónces la inmigración i con cuánto desembarazo se adoptaban las medidas mas inconultas con tal que ellas fuesen encaminadas en su daño.

Habia en los terrenos de una antigua i abandonada Mision, un manzanal como los hai a cada paso en medio de los bosques de Valdivia. Pasaba el camino público por el manzanal: los pasajeros alojaban bajo los árboles i los animales en que cabalgaban, para mayor seguridad los encerraban en un corral de altos estacones, que, segun lo decia la tradicion, habian servido de paredes a la primitiva iglesia misional. Como terreno que nadie disputaba al fisco fué aquel lugar distribuido en pequeñas hijuelas a varias familias de inmigrados i para que éstas, miéntras se instalaban, fuesen ménos molestadas por las lluvias; tuvo el ajente la desgraciada idea de hacer enderesar los estacones, de echar sobre ellos un techo de tablas i de convertir aquel asilo de animales en asilo de racionales.

El cura no podia conformarse con la pérdida de sus mazanas, pues las tenia

como gajes naturales del curato, i para recobrarlas hizo que algunos indios se presentasen pidiendo o el restablecimiento de la mision, o la devolucion de los terrenos que sus antepasados habian cedido para ella. ¿Qué antepasados eran esos ni que herederos eran éstos? nadie podia adivinarlo; pero, para qué pararse en pelillos; maniobra era ésta que todos los dias se repetia para dar supuestos dueños a terrenos que querian adquirir positivos compradores. Salió, pues, de Valdivia una comision de indios bien alexionada, i se presentó contra el ajente al Ministro de Justicia, quién, sea dicho de paso, tal era el cariño que tenia a la inmigración, sin pedír informe ni siquiera calcular el alcance de una inconulta resolucian, dictó para el ajente una órden parecida a ésta: Por mui importante que sea la colonización, usted procederá inmediatamente a devolver a los indios los terrenos de la Mision de Cuyunco indebidamente repartidos a las familias alemanas!

Ya tenian esas familias sus casitas i muchos trabajos principiados en sus hijuelas, ya habian escrito a Europa mandando los planos de ellas i llamando a sus deudos i a sus amigos, ¿A dónde hubieran ido a parar el crédito i la seriedad de los ofrecimientos del Gobierno, si nó hubiera espresado el ajente el propósito de desobedecer tan inconsulto decreto?

Pero esto no bastaba, el ataque contra la colonia no debia provenir solo del Ministro de Justicia, era preciso que el graznido de la calumnia surjiese del seno mismo de una corporación creada para dirijir la educación i fomentar la moralidad; i el empeño consiguió su propósito.

Es la naturaleza tan amiga de con-

trastes que, hasta en esa aduana del saber que lleva, entre nosotros, el nombre de Universidad, para hacer creer con él que no hai cosa que no sepa, tuvo la malicia de colocar al lado de todo un Bello a todo un grandísimo.... inocente que acordándose que habia alcanzado a ser hasta decano, se le ocurrió, el dia que ménos se esperaba, desarrollar ante los ojos de aquel docto cuerpo un cuadro tan tétrico i lacrimoso del estado en que, la colonia estaba poniendo al país, que, espantados los sabios, elevaron al momento lo que ocurría al conocimiento del Ministro de Instruccion Pública, de Culto i de Justicia. Decíase, en aquel espantable papelote, que la propaganda protestante todo lo estaba invadiendo: que eran protestantes los profesores de las escuelas; protestantes los seductores de las mujeres, i protector de protestantes el ajente que, a fuer de mason, el dia de San Juan Bautista profanó templos con escandalosas orjías! i concluía con un pliego entero de reflexiones, de las cuales copio los primeros renglones que dicen así: «A vista de estos acontecimientos, con cuánta razon temian los buenos ciudadanos la fundacion de esta colonia, i con cuánta justicia pronosticaban i lamentaban en su corazon estos i otros males, etc., etc.»

Con la lectura de semejante documento ¿qué idea se formarían de nosotros los extranjeros? i qué idea se formarían los que estos renglones leyeren de la veracidad con que se atacaba la colonia, cuando sepan que el dia de San Juan Bautista, elegido por el calumniador para denigrar la conducta del ajente, ese mismo dia, sufría ese pobre funcionario, postrado en una cama, las crueles consecuencias de un nuevo naufragio en el cual

cuasi habia perecido, por buscar para la inmigracion terrenos que, por la distancia i por la ausencia de manzanas, estuviesen fuera del entrometimiento de los detentadores, de los curas i de los decanos de las Universidades!

No todo, sin embargo, daba motivos para desesperar. Montt i Varas velaron sobre la suerte de la colonia, i con semejantes custodios era imposible no llegar con ella a feliz término.

Inauguróse la colonia de Llanquihue el 12 de febrero de 1853, dia elegido por el ajente para agregar un grano mas de arena a la base del hermoso monumento de gloria que ese dia simboliza entre nosotros; i al trazar los cimientos de la poblacion que debia servir de centro a este establecimiento colonial, se le dió el nombre de Puerto Montt, leve homenaje que tributaban los fundadores de ese pueblo a la memoria del autor de la lei de 18 de noviembre de 1845, llamado entónces por los pueblos a ponerla él mismo en ejecucion.

Hai en Chile, como legado español, la incalificable manía de dar el mismo nombre a multitud de cosas diferentes: así se dice, provincia de Aconcagua, rio Aconcagua; provincia de Santiago, ciudad de Santiago; provincia de Valdivia, rio Valdivia, ciudad de Valdivia. Ahora, porque oyeron decir que en el territorio llamado Melipulli existía un pueblo de reciente fundacion, ha de llamársele Melipulli, (aunque semejante denominacion de ciudad no se encuentre en mapa jeográfico ninguno), i no Puerto Montt conocido de tiempo atras hasta en Europa. Melipulli es el nombre de un territorio situado en la costa norte del Seno de Reloncaví; Callenel es una seccion de ese territorio, i en Callenel fué donde se

echaron los cimientos de ese pueblo cuyo nombre se quiere en vano hacer olvidar. Llámese, pues, Callenel i no Melipulli, si se quiere perpetuar el sistema español, i con él negar al César lo que solo al César pertenece.

Sigamos ahora, por un momento, a la colonia en su marcha. En ese mismo año se repartieron entre los colonos los emboscados campos cuyos frentes al camino pudieron ser medidos; i se declaró, por decreto supremo de 27 de junio de 1853, en territorio de colonizacion sometido a un réjimen especial, aquel que se encontraba comprendido entre la costa setentrional del Seno de Reloncaví con algunas de sus islas i los terrenos incendiados del valle central de Osorno, hasta donde alcanzaban sus árboles carbonizados. Tenia por límites al oriente los Andes, i al poniente líneas imaginarias que pasaban por bosques desiertos e intransitables.

El rigor del invierno de ese mismo año inutilizó todos los trabajos coloniales, i espuso al colono a perecer de hambre.

El invierno de 1854 fué cruel como el anterior, i la feracidad del suelo virjen i recién preparado inutilizó las siembras de granos ahogándolos el exceso de su propio crecimiento.

En 1855, el Gobierno se vió en la precision de decretar nuevos auxilios para esos desgraciados pobladores, sobre cuyos sembrados se habia batido una plaga de aves que todo lo destruyó.

En 1861, esto es, seis años despues de tan crueles contratiempos, fué tal la importancia que habia alcanzado el territorio de colonizacion con la presencia de ese puñado de inmigrados, que se creyó justo elevarlo al grado de cabece-

ra de provincia, incorporándole para formarla, los antiguos departamentos de Valdivia i Chiloé, Osorno i Carelmapu.

Ya por sí solas estas fechas dicen mucho. Nosotros, sin embargo, no seguiremos a la colonia como seccion política, sino como simple territorio de colonizacion establecido en la provincia de Llanquihue.

La risueña i pintoresca aldea Puerto Montt, nacida tan poco há, de entre el fango i las selvas de un lejano despoblado, contrasta con su plenitud de vida su activa animacion, i el contento de sus habitantes, con el mustio silencio, el desgüeño, que son lo carcoma de los pueblos prematuramente envejecidos que la rodean.

¿Cuáles pueden ser las causas que han influido en la temprana decrepitud de aquellos pueblos que en otro tiempo merecieron el nombre de importantes? A mi ver, es sencilla la respuesta: los españoles, cuando la conquista, guerrearban i fundaban ciudades al mismo tiempo; i como así proseguian el curso de sus victorias, como volvian atras a favorecer sus primeras poblaciones amagadas por la indiada; es evidente que, para echar los cimientos de sus pueblos, solo atendieran a la importancia estratéjica de la plaza, sin cuidar de investigar si aquel lugar quedaba mercantilmente colocado, i mucho ménos si podrian retirarse los destacamentos militares que le daban vida artificial, sin hacer peligrar su existencia. Para nadie es un misterio, en el dia, que hai en el mundo pueblos necesarios i pueblos que no lo son. A esta última clase pertenece un gran número de aquellos que fundaron los españoles en Chile, i que, destinados a estinguirse pronto, solo deben la prolongacion de su

agonía a la costumbre de considerarlos como pueblos necesarios, i a la de estar haciendo en ellos gastos que a nada conducen. Si al motivo de la mala eleccion para fundar un pueblo me fuera permitido, sin ofender susceptibilidades de raza, agregar algunos otros, me limitaria a indicar, que a nuestra sangre, mas que a otra cosa, debemos achacar todo nuestro desgreño i nuestro atraso.

Puerto Montt es pueblo necesario, por ser parte de un seguro i cómodo puerto colocado por la mano de la naturaleza en el centro de la gran produccion de los alerces, en el promedio de las costas marítimas de la colonia i a mui cortas distancias de los centros rurales i fabriles, tanto de ella como del rico departamento de Osorno, que ántes no tenia por donde esportar sus abundantes frutos.

Ocupan los modestos pero cómodos i vistosos edificios de esta improvisada cabecera de provincia, un trazado de ciudad mui superior en bondad al de las demas poblaciones de la República, tanto por la anchura de sus calles i la pequeñez relativa de sus manzanas, cuanto por su perfecto nivel, sus espaciosas veredas, i el asiento asignado a sus edificios públicos. Asignacion que consulta, sin dejar sitios vacantes, todas las necesidades futuras de una moderna poblacion. Allí no se ve la inexorable cárcel ocupando el primer asiento en la plaza principal, mostrando su eterna reja i su asqueroso séquito a los ojos del comerciante i del extranjero. Hai en el pueblo lugares especiales para el soldado i para el castigo; así como los hai para el comercio i para el solaz de sus habitantes. La primera plaza pública que tuvo en Chile jardin fué la de Puerto Montt i no lucen ciertamente mas en ella los árbo-

les exóticos tan codiciados en el dia, que los vistosos de permanente verde i no comunes flores que han adornado siempre nuestras selvas. Constrúye en la actualidad una vasta i hermosa iglesia parroquial, i hai, entre tanto, en actual servicio dos capillas, una católica i otra protestante. El hospital, tambien en ejecucion, llama ya la atencion por lo espacioso i cómodo; i los dos panteones, para católicos uno i el otro para disidentes, apesar de lo aterrador de sus destinos, constituyen por su situacion i sus adornos, un verdadero paseo. Hácese tambien notar la recova i, mui especialmente, el cuartel de guardias nacionales, que agrega a lo espacioso de su patio i comodidad de sus edificios, un exterior de forma graciosa i esmerada. La escribanía, la cárcel, la biblioteca departamental, cuentan con departamentos propios, así como cuatro escuelas, dos nacionales i dos privadas.

El cómputo que se ha hecho de la poblacion urbana de esta aldea hace alcanzar a 2,500 personas el total de sus moradores; i, sin embargo, cuenta ya con una sociedad orfeónica perfectamente organizada; con un cuerpo de bomberos voluntarios servido con dos bombas, institucion que entró con los extranjeros a Llanquihue, sin que fuese necesario para crearla, la presencia de una espantosa hoguera como la de la Compañía, que fué la que creó definitivamente el Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Santiago; i por último, cuenta tambien con la mas rica biblioteca departamental de la República, establecimiento que debió al Ministro Errázuriz en su memoria de justicia de 1865 este sentido elogio: «Este establecimiento se encuentra en el mas satisfactorio estado de arreglo i de

prosperidad, debido al entusiasmo de los vecinos i especialmente al de los alemanes».

Cada casa, por modesta que sea la fortuna de quien la habita, posee, aunque en pequeña escala, todas las comodidades que sabe proporcionarse el europeo; en todas reina el mas prolijo aseo, i, a falta de mejor ornato, no hai una que no exhiba, tras las limpias vidrieras de sus ventanas a la calle, grandes masetas de flores escogidas. Sus amueblados, hechos todos con madera del país i por ebanistas de primer órden, son cómodos i lucidos al mismo tiempo. En Puerto Montt no se comprende que pueda nadie edificar, sin designar ante todas cosas, el lugar que puede ocupar el jardin. En todos ellos, alternando con las flores i las legumbres tempraneras, se ven árboles cargados de frutos cuya posibilidad de cultivo solo ahora comienzan a creer realizable los envejecidos moradores de los contornos. Molinos, curtiembres, cervecerías, fábricas de espíritus, excelentes panaderías, artesanos para todos los oficios i, en jeneral, cuantos recursos i comodidades tienen asiento en las grandes ciudades, salvo el teatro i la imprenta, existen en aquella poblacion modelo, que, por un rasgo que le es característico, persigue como crimen la mendicidad.

El aspecto de aquel naciente pueblo, rodeado de colinas limpias i sometidas a un esmerado cultivo; i el recuerdo de lo que fué, dan la medida exacta de lo que debe ser cuando se ve que en tan corto tiempo, aquello que en ménos se tenia, es ya tanto.

Média entre Puerto Montt i la Laguna de Llanquihue, en cuyas pintorescas márgenes tiene la colonia su principal

asiento, poco trecho mas de cuatro leguas, andado de sur a norte. Un costoso i bien sostenido camino carretero atraviesa aquel espacio ocupando el lugar de la fangosa i primitiva senda, donde perecieron los desventurados Wehle i Lincke. Las primeras dos leguas de este trayecto, ya firmemente consolidado, tienen por base una zona de médanos i de tupidas raíces que allí llaman el *Tepual*. En toda esa estension inútil, por ahora, para los trabajos agrícolas, solo llaman la atencion del viajero el aspecto lejano de la sombría selva empujada por el hacha i el fuego a mas o ménos distancia del camino; los muchos fantasmones de troncos carbonizados que apénas se sostienen sobre sus descarnadas raíces: los restos esqueletados de los *coihues*, las gigantescas bases de los alerces derribados, cuyas poderosas cepas ni el hacha ni el fuego han logrado aun destruir, i tal cual choza solitaria, punto de acopio de las maderas trabajadas en el interior del bosque i llevadas a hombro hasta ese cargadero. Diciembre, enero, febrero i marzo, época del corte i beneficio de las maderas, llaman tambien la atencion por la multitud de jente que acude a este lugar, desde las islas mas lejanas del archipiélago; todos trabajan a un tiempo, todos descalzos i todos, mujeres, viejos i niños, cargan a hombro tablas, durmientes i pesadas vigas al lado de las carretas alemanas de cuatro ruedas, que hacen el mismo servicio.

Termina el *Tepual* en el extremo de una larga e improvisada calle de matorrales, llamada Arrayan, i abierta entre las corpulentas cepas de una antigua mancha de alerces. Componen el Arrayan dos largas hileras de casuchas cuál mas incómoda i de peor aspecto, pobladas por

los dependientes de las casas del pueblo i por los numerosos agentes del comercio de Calbuco i de Ancud, que concurren al cambio de maderas con abundantes mercaderías i sostienen una fiera activísima de cambio, durante aquellos meses i en aquel singular aduar colocado en medio de una selva. A las primeras aguas del invierno, la jente se dispersa i queda convertido aquel lugar de bullicio en un despoblado con casas, durante ocho meses.

Desde la terminacion del Tepual i de aquel pequeño poblado para adelante, el campo cambia totalmente de aspecto; dejando atras la naturaleza en bruto, con toda su imponente soledad, se da principio a la fértil i poblada zona de terrenos que forman el perímetro de la laguna Llanquihue.

Al separarse del bosque no puede ménos el viajero de fijar con agradable sorpresa la vista en un singular jardin lleno de vistosas flores i colocado en el corte transversal de un alerce derribado. El colono aleman saca partido hasta de las mismas dificultades que no puede vencer. En el patio de la casa de uno de ellos, se encontró la gran cepa a que nos referimos; mas tiempo perdía en destruirla que en adornarla i sin mas esperar, aquel estorbo se convirtió en un caprichosísimo jardin.

Desde allí hasta las limpias aguas del lago, se ven a cada cinco cuadras dos bonitas casas una frente a la otra, en uno i otro lado del camino. Cinco cuadras es el frente de cada propiedad rural, i cada una constituye con sus edificios habitables, sus graneros, sus establos, jardines, arboledas, potreros i sembrados, máquinas agrícolas, conservatorios i talleres de alguna industria

especial, un completo aunque modesto establecimiento agrícola, en el cual muchos de nuestros opulentos hacendados tendrian algo que aprender.

Ciento cuarenta hijuelas de cien cuadras cada una i diez i ocho de a cincuenta rodean el norte, parte del sur i todo el poniente del hermoso lago de Llanquihue, que, bajo una forma bastante regular, cuenta como cuarenta leguas de circunferencia; i en las fértiles márjenes del Chamisa cuyos caprichosos bajos se prolongan mas de una legua mar adentro, se encuentran tambien, de cinco en cinco cuadras, quince preciosas hijuelas cuyos embarcaderos fluviales los tienen en las mismas casas.

Cada uno de los prédios rústicos de la colonia solo se distingue de los demas en el ejercicio de alguna industria nueva, a la cual se presta la naturaleza del suelo, o en el grado de riqueza o de saber del colono que lo posee.

Así, en Puerto Octai (Muñoz Gamero) (1) se cultivan con preferencia la linaza i el navo para convertirse en aceites que ya se esportan para Valpa-

(1) No he podido atinar con el significado ni la oportunidad del nombre *Octai*, que sustituye ahora al de Muñoz Gamero, nombre que existe en documentos oficiales desde los primeros tiempos de la colonia. A ese malogrado i benemérito marino chileno debemos los planos hidrográficos de las lagunas Llanquihue i Esmeralda: a él, por las ideas que comunicó al agente de la colonizacion, se debe el empeño tenaz de aquel empleado en franquear el camino del puerto a la laguna, camino que dió a la colonia miles de cuadras de excelente suelo. Puerto Octai, cuando fué elegido por el agente como punto preciso de recalada para las embarcaciones que servian de puente entre el norte i el sur de la laguna, no tenia nombre ninguno, como tampoco lo tenia ni la misma costa donde se encontraba. La reciente catástrofe de Magallanes i el recuerdo de los servicios por él prestados, hizo que el agente diese a conocer aquel pequeño i pintoresco puerto con el nombre del malogrado jefe.

raíso; en el oriente se observan trabajos de cebada perla con sus máquinas correspondientes; en el Chamisa fábricas de tejidos de lino puro i de mezclas con algodón o cáñamo; aquí se activa el cultivo de la papa para su conversión en aguardiente; allí se construyen molinos harineros o batanes para cáscaras taneisas i en todas partes, junto con el movimiento industrial, observa con gusto, el que aquello recorre, el contento i el bienestar.

Existen ya limpias de troncos i de cepas i sometidas a un intelijente cultivo 1,444 cuadras no debiendo perderse de vista, para apreciar este trabajo, que solo en 1856 comenzaron a llegar algunos emigrados a engrosar el número reducido de fundadores; i que cuesta mas tiempo i dinero poner una de esas cuadras de suelo enmontado en estado de cultivo que comprarlas a precios subidos en el norte de la República desde Molina hasta Carelmapu (2).

En 1858 ya la colonia comenzaba a satisfacer con sus productos sus propias necesidades, i con todo que el número de pobladores de todas edades i sexos alcanzaba solo a 739 pudieron presentar 230 cuadras en estado de cultivo.

De colonias agrícolas de tan reducida población como la nuestra, pero hai, sin duda, que exigir en materias de industria; sin embargo, ese poco que puede exigirse de ella i que existe ya, está llamado, por el acierto incuestionable de su principio, a llenar un vacío mui notable al lado del que han sabido llenar en la industria chilena la vid, la abeja i el gusano de seda.

(2) El jornal del peon nunca baja de cinco cuenta centavos i muchas veces llega a 75.

Estas industrias, todas nuevas i miradas en su orijen con el sarcástico desprecio con el que mira lo que no comprende la satisfecha ignorancia, han alcanzado lo que pocos se imaginaban que alcanzasen. Hemos visto, con justo orgullo, que la primera concurrió con sus productos al país mismo de los viñedos, i que obtuvo en él el premio debido a su perfección. Que la segunda, no solo ha escluido del comercio de importación las ceras i las mieles, sino que ha ido con las nacionales a disputar el mercado en bondad i en baratura hasta en la casa misma de sus antiguos proveedores; i, por último, que a causa del interés de la seda, se vean obligados los cericólos chilenos para obtener de ellos la excelente semilla de gusano que está rejenerando en el día la mala calidad de la europea.

El cultivo de la linaza, i el planteo de las industrias que de él se desprenden, sigue en la colonia en silencio i sin mendigar la protección del privilejio, una marcha que le asegura los mas felices resultados. El aceite secante, esto es, el preparado ya para la pintura al óleo, se esporta i se vende mucho mas barato que aquel que se introducía de Valparaíso. Con los tejidos de la fibra del lino visten muchas familias i las mas acomodadas usan manteles nacionales de hilo adamascado.

El cultivo de la papa en su país natal exija naturalmente una industria que utilizase el sobrante anual de aquella sustancia alimenticia: hase pues llenado esa importante necesidad con dos fábricas que funcionan con el mejor éxito.

La siembra de cebada alimenta dos industrias importantes; la de cebada perla i la de cervecerías, cuyos productos

procuran en vano imitar los cervecedores del norte.

Salazones, curtiembres, batanas para cáscaras, fábricas de tejidos de mimbre existen de tiempo atrás en la colonia, i la industria colmenera ya empieza a tomar cuerpo en el lugar nativo de las flores.

En el trayecto, desde la cabecera de la colonia hasta las últimas posesiones alemanas, existen seis molinos harineros, que, aunque de una sola parada de piedras, tienen todas las máquinas i aparatos para la perfeccion de las harinas, i otro de tres paradas; cuatro máquinas aserradoras, tres movidas por agua i una por vapor. Dieziocho máquinas de aventar trigos, todas construidas allí mismo, una trilladora a vapor; i en cuanto a las pequeñas industrias inseparables de las grandes poblaciones, como ser sastres, carpinteros, ebanistas, etc., ya hemos tenido ocasion de decirlo, no falta ninguna.

La rápida ojeada que hemos echado sobre la agricultura i la naciente industria de la colonia, nos conduce naturalmente a examinar, aunque sea mui por encima, su comercio aun en embrion.

Puede decirse que no existia, antes de la fundacion de la colonia, mas vida mercantil en las solitarias caletas del Seno de Reloncaví, que aquella que le daba en los veranos la venta del alerce que se trabajaba en los bosques mas inmediatos a la marina; i aun esa venta comenzaba a hacerse ménos activa por falta de caminos que facilitasen la estraccion de los alerces interiores estando ya los de la costa enteramente agotados.

Llevábanse estas maderas en bongos, botes i lanchones, en cuya construccion

se empleaba costuras de esparto en vez de clavos, al antiguo i conocido fuerte de Calbuco; este poblachon constituido en factoría de ventas i compras de madera por encontrarse a medio camino, entre el lugar de la produccion i el de la esportacion, que lo era entónces San Carlos de Ancud, arrastraba una existencia mui precaria.

En Calbuco se encontraban los dependientes i las tiendas sucursales de los almaceneros de Ancud, i como el dinero no se conocia en aquellos afortunados lugares, habian inventado para facilitar las transacciones i las ventas al menudeo, la moneda *tabla*, que era entre ellos la unidad i tenia el valor nominal de un real de la antigua moneda.

En cambio de los centenares de reales tablas, que entregaba el vendedor, recibia harina, sal, ají, mucho licor, i los mui necesarios artículos ultramarinos para satisfacer las pocas necesidades de hombres que por constitucion andaban descalzos, i que llevaban una vida mui semejante a la de los indijenas que mas frecuentan nuestra sociedad.

Con la fundacion de la colonia en el mismo centro de donde se esportaban aquellas maderas que se iban a vender a Calbuco, hubo un trastorno jeneral. Las sucursales de Ancud, estacionadas en Calbuco, abandonaron aquel lugar innecesario para venirse a establecer a Puerto-Montt; muchos cortadores de oficio, de maderas, alhagados por la presencia de un pueblo que desde sus primeros pasos ostentaba vida propia, abandonaron sus aduarez por vida mas civilizada, i poco a poco fueron desapareciendo los bongos i lanchones de costura, para dar lugar a hermosas balandras i en seguida a grandes embarcaciones, tanto estran-

teras como nacionales, que llegan de varios puntos a la carga de maderas a Puerto-Montt.

Hasta el año 1855, necesitó la colonia, como lo hemos dicho, hasta suplementos de sustancias alimenticias; i el colono, demasiado ocupado en los afanes de su trabajoso establecimiento, habia olvidado el recurso de las maderas, explotadas esclusivamente por el chilote.

El año de 1856 ya comenzaron los aguardientes de la colonia a competir con los que venian de fuera.

En 1860 ya se ve figurar al inmigrado en el negocio de las maderas, i el movimiento mercantil del año de 1861 alcanzó, segun datos oficiales, a 284,759 pesos.

La asierra mecánica comienza ya a reemplazar los efectos destructores del hacha en aquellos valiosos bosques; i los caminos que se abren dia a dia, selva adentro, así como los carros de cuatro ruedas puestos en accion en ellos, proporcionan al comercio ricas maderas que solo se esportaban ántes en lastimosas fracciones.

Los artefactos i frutos agrícolas a que hemos aludido i que vemos ahora aparecer en los retornos, son: aguardientes i espíritus de papas i de granos, cervezas, cueros curtidos, aceites secantes de linaza, salazones, mantequillas, avena i centeno; dejando sin mencionar el trigo, la harina, la cebada perla que ya comienza a esportarse, así como los jéneros de hilo, los útiles de menaje contruidos de mimbres, i otras pequeñas industrias cuyos frutos apénas alcanzan a proveer, por ahora, a la demanda interior.

Tal fué el orijen de la colonia de

Llanquihue i tales, como quedan dichos, los motivos que la alejaron de su primitivo asiento en los campos valdivianos.

Un puñado de colonos diseminados en las desacreditadas playas adonde se les condujo por necesidad, habian obrado en aquellos lugares los milagros que en el año de 1860 ya admiraban a los que conocian la jeografía de su país. Entre esos hijos del trabajo, de la abnegacion i de la constancia nunca se oyó resonar la voz del desaliento a pesar de las angustias que los sitiaron desde el dia mismo en que pusieron los piés en Llanquihue, pues, que sorprendidos por uno de los rigurosos inviernos en los lugares donde, atropellando mas bien que venciendo dificultades, se habian establecido, tuvieron, por falta de recursos, que consumir las semillas que tenian para sembrar, que desenterrar las papas ya sembradas i aun que matar sus animales de labor para no perecer de hambre!

El Ajente de la colonizacion escribia entónces a su inmediato jefe estas palabras: «Han pasado miserias, hambres i trabajos; pero sin desmayar: todo lo debemos esperar de la cruda prueba a que ha sido sometida la constancia i la fé de estos infelices en el pasado invierno. Con semejantes elementos, si se aumentan, como es de presumir, veo ya seguro el próspero porvenir de la colonia, digan lo que dijieren sus injustos i miópes destructores.» (1)

El sórdido interes, el fanatismo i la calumnia la hostilizaron en su apartado asilo, i cuando a impulsos de estas contrarias entidades, el entusiasmo desper-

(1) Diciembre de 1863, oficio del ajente de colonizacion.

tado por un momento en el norte, en favor de la colonia, comenzaba a desmayar; el Ajente sostenia el espíritu de sus jefes con estas consoladoras palabras: «Con fé perseverante i constancia, este naciente establecimiento alcanzará

a ser, ántes de mucho, la joya del sur de la República.»

Siete años despues, el viejo chileno que estas líneas escribe, ha visto con la pura emociion del patriotismo, realizado su pronóstico.



CAPITULO XXIII

INMIGRACION.—POBLACION ALEMANA EN LLANQUIHUE I EN VALDIVIA EN 1869.—SU INSTRUCCION.—INFLUJO DE SU CONTACTO CON LOS HIJOS DEL PAÍS.—LAMENTABLE PÉRDIDA DE LOS TERRENOS DEL ESTADO.—MEDIOS DE CONTENER SEMEJANTE MAL.

Talvez no pueda señalarse una sola de las infinitas colonias que, año a año, fundan en los despoblados del mundo los activos hijos del viejo continente, que haya necesitado llevarse diecisiete años para poder presentar reunidos un número tan insignificante de pobladores extranjeros, como los que presenta nuestra colonia de Llanquihue. I no es ciertamente porque a nuestros gobiernos les haya faltado indicaciones prácticas, despues de tan dilatado tiempo de tímidos ensayos, sino porque la inmigracion se sigue mirando como un objeto de lujo i no como una apremiante necesidad.

La inmigracion entre nosotros se postpone a todo; se postpone a un edificio público por innecesaria que sea su construccion. Al mismo tiempo que se lamentaba la falta de fondos para atender a las necesidades públicas, se presuponian nuevos miles para continuar la construccion del edificio que aqui llamamos universidad. Para establecer cómodamente una fábrica de testos forzosos de enseñanza, se decretaban miles; para la inmigracion faltaban fondos. Tratóse

de colonizar las provincias araucanas, i se decretó medio millon de pesos i en seguida mas miles aun para el sosten de las tropas cuya permanencia, si transitoria, es inútil, i si constante, gravosísima: i de nuevo quedó postergada la inmigracion extranjera, única que sin es-terminar al colono indijena, pudiera reducirlo al estado social.

Con ese medio millon de pesos, hubiérase podido hacer llegar al territorio indijena dos mil familias del extranjero, con un personal aproximativo de ocho mil almas; i sobrar aun 50,000 pesos para haberles provisto de armas de precision. En el dia el emigrante solo exige que se le costee el pasaje para ir a un país, donde puede decirse que se regala la propiedad a mui pocas leguas de poblaciones ya establecidas, i que ofrece, ademas al emigrado, exenciones i privilejios no despreciables. Un grupo tan respetable de extranjeros no se dejaria imponer por la indiada. El indio por mas valiente i arrojado que sea, no es tan fácil que se ponga a tiro de un fusil que le ha de herir o matar, por el

solo hecho de colocarse a su alcance. A fuerza de disparos mal dirigidos, el indio ha venido a convencerse, que las armas de fuego son ahora ménos temibles que lo que ántes eran.

Hemos indicado a la lijera el estado de adelanto de la colonia, cuyo progreso seria aun mas de notar, si para utilizar los recursos de su territorio, hubiesen podido desde el principio aunarse los esfuerzos de los emigrados que han ido llegando paulatinamente a ella. Las adjuntas fechas indican su lenta marcha:

1852	212	1861	11
1853	51	1862	32
1854	35	1863	12
1855	...	1864	155
1856	460	1865	...
1857	180	1866	36
1858	9	1867	...
1859	11	1868	...
1860	93	1869	7

Pobre total de 1,363 inmigrados de todas edades i sexos. ¡Diecisiete años para colectar un número de inmigrados inferior al que se recibe muchas veces en un solo dia en los puertos norteamericanos!

Entristece el recorrer la anterior lista, viendo tan despacio, cuán de mala gana i con cuántas interrupciones llega a fecundizar nuestros desiertos, ese riego de poblacion i de riqueza que tantos prodijios obra en todas partes; i que, como no debemos cansarnos nunca de repetirlo, es el único medio que en nuestro actual estado, puede elevarnos pronto a una envidiable altura entre las naciones civilizadas.

Si se desease patentizar mas las ventajas de hacer sacrificios por acrecer

cuanto mas posible fuese el número de tan importantes huéspedes, no tendríamos mas que apartar un momento la vista de la colonia de Llanquihue i fijarla en Valdivia.

Mui pocos inmigrados quedaron en esa apartada provincia cuando la desmembracion de la colonia hácia los deshabitados de Llanquihue. Esos pocos industriosos extranjeros apénas lograron cimentar su residencia, cuando crearon los primeros cimientos de las distintas industrias que hoi ostenta con justo orgullo el pueblo de Valdivia ante los ojos atónitos de los que lo habian conocido con el nombre de *presidio*, i sabian que hasta el pan era preciso llevarse de fuera. Ya en 1866 el intelijente jefe de aquella provincia, en su memoria de junio del mismo año al Ministro del Interior, decia, despues de referirse al lastimoso atrazo, a la miseria del territorio despoblado de la provincia de su mando, estas notables palabras:

«No siendo posible que el solo paulatino intremento de la poblacion llene este lastimoso vacío con la conveniente prontitud, forzoso será que se ocurra al fin mas eficaz, al único remedio a que se debe apelar: a la inmigracion. La que desde 1859 para adelante le cupo en suerte, a pesar de que constaba de 405 hombres mayores de 15 años, está poniendo de manifiesto cuántos serian los beneficios que nos habia de traer... Nada es mas óbvio que la transformacion que los inmigrados alemanes han operado en la provincia de mi mando.

«Aquellos pocos individuos han bastado para producir en cortos años un notabilísimo aumento en los negocios, en las comodidades de la vida, i hasta una agradable mudanza en el aspecto

físico de las poblaciones. Merced a su influjo, no solo han incrementado la mayor parte de las antiguas industrias sino que se han establecido otras nuevas que figuran en primera línea i cuyos solos productos aparecen en los cuadros de la esportacion anual, por un valor cuatro veces mayor que el total de las anteriores a la fecha de su arribo. En aquel tiempo la provincia de Concepcion surtia a ésta de harinas: ahora los molinos construidos por los colonos abastecen las necesidades del interior, i van a hacer concurrencia en otros mercados a su antigua proveedora, a pesar de los obstáculos que el pésimo estado de los caminos opone a la rebaja de los gastos de transporte. Las reducidas cosechas de granos que no hallaban compradores a causa de su limitado consumo i de la introduccion de harinas, son al presente solicitadas por los molineros i por los dueños de fábricas de destilacion i de cerveceria que las trasforman en artículos que eran internados.

«El acarreo de animales, que con tantas dificultades i riesgos solia hacerse atravesando la Araucanía, ha sido sustituido por los saladores con notable ventaja de los dueños de ganados i de los propietarios de estos nuevos establecimientos, que han dado ademas ocasion a la cria i engorda de los cerdos de que apénas habia en tiempos anteriores un reducido número.

«Obra de los colonos alemanes es tambien el considerable impulso a las tenerías, cuyos productos no encontrando conveniente mercado en nuestras ciudades, son enviados a Europa donde hallan pronta colocacion. Cien otras industrias, en fin, que están en jérmen o que se ejercen en pequeño, adquiriran mas

tarde mayor estension i contribuirán con su contingente al progreso i bienestar de la provincia.»

La instruccion i moralidad de colonos como los nuestros, guarda perfecta proporcion con el grado de intelijencia i de actividad que despliegan en el trabajo.

La mas apremiante preocupacion del inmigrado, despues que mira asegurado el sustento de sus hijos, es la de proporcionarles educacion. Léjos, pues, de impedirles que concurren a las escuelas, los compelen a ello, i reciben siempre como una especial merced, el planteo de algun establecimiento de educacion en las inmediaciones de su residencia. No es, pues, para ellos un simple adorno la educacion; por el contrario, es una necesidad premisa, exigente; es un requisito indispensable para no parecer degradados ante los ojos de los demas (1).

Dos años despues de fundada la colonia, se levantó un prolijo censo de los habitantes así nacionales como estranjeros que se encontraban en el territorio de colonizacion, i resultó alcanzar el número de chilenos a 3,579 i el de inmigrados a solo 247. Entre los primeros, 872 personas sabian unos leer i otros leer i escribir; lo que dió por resultado que uno sabia leer o escribir sobre cada 4.10 que ni sabian leer.

Entre los segundos, esto es, entre los alemanes sobre 247 individuos, 181 leian i escribian, o lo que es lo mismo, leian i escribian cuantos tenian edad para ello, como se demuestra en el cálculo siguiente:

(1) Existe aun en Puerto Montt una alemana, pobre en época pasada, que rehusó casarse con un jóven Romero, comerciante acomodado de Calbuco, nada mas que porque supo en los momentos de enlazarse, que no sabia leer.

- 181—que leían i escribían.
 45—de edad de meses a cinco años.
 20—de cinco a diez años, ya en la escuela,
 1—mujer que no leía.

247—que es su completo total.

Tampoco aprende a leer i escribir el alemán, para no volverse a acordar mas que saben lo uno i lo otro. Hé aquí las propias palabras del señor Errázuriz, ministro de justicia, en su memoria de 14 de agosto de 1865, al hablar de la afición a la lectura del colono:

«A la biblioteca nacional concurren diariamente en Santiago de 20 a 23 individuos, habiendo en el año de 8 a 10,000 lectores..... ya he dicho que en los tres primeros trimestres del año de 1854 hubo, en la biblioteca de Puerto-Montt, una concurrencia de 2,123 lectores, a pesar de comprenderse en dicho período el tiempo que durante las vacaciones estuvo cerrado el establecimiento.»

Comparemos a la lijera. La opulenta Santiago con su poblacion de mas de 100,000 almas, con sus escojidos establecimientos de educacion, sus estímulos, i la mui rica biblioteca de que dispone, da por resultado de 8 a 10,000 lectores en todo un año; Puerto-Montt, con 2,500 habitantes, en harto ménos de nueve meses presenta en su modesta biblioteca 2,123 lectores.

En las escuelas, junto con el silabario, se pone en manos del niño una cartilla de música. El canto desde la mas tierna infancia crea en ellos el espíritu de union, i la necesidad de sociabilidad que admiramos en la raza alemana en

cuantas partes del mundo la examinamos.

Si no estuviese en la conciencia de todos la moralidad del colono del sur, bastaria una sola mirada sobre la estadística del crimen para convencerse de ella. Pero ya, por fortuna, el fanatismo i su inseparable compañera, la ignorancia, se han dado por convictos, ya que no por confesos, no solo de que hai mucha moralidad en el inmigrado, sino que en caso de tener que buscar en otra parte semejante virtud, no deberia perderse tiempo en buscarla entre sus injustos detractores. Por fortuna, ya concluyó aquel tiempo no lejano, en que decanos de facultades universitarias ensayaban sus fuerzas contra la colonia, gritando en plena sala i trasmitiendo en seguida sus torpes alaridos al Gobierno: «que los inmigrados eran todos francmasones, que el dia de San Juan celebraban orjías en las iglesias donde prostituian a todas las indias *vestidas* a la europea;» i otra encarrilada de atropellados disparates por el estilo. Los juzgados de Valdivia i de Llanquihue, solo tienen, hasta ahora, motivos de congratularse cuando se trata de la conducta del inmigrado; i yo, por mi parte, para no parecer prolijo citaré un solo ejemplo del relijioso respeto que tributan todos a la propiedad ajena. En todos los pueblos chicos i grandes de la República, se ponía reja de fierro en las ventanas que dan a la calle cuando se queria vivir con tranquilidad. En Puerto-Montt i en las casas de sus predios rústicos, por apartadas i solitarias que estén, la reja es un complemento innecesario. A pesar de ser las ventanas alemanas un conjunto de adornos de flores i de aquellas bonitas inutilidades que tanto alhagan el corazon de la mu-

jer, no se cuentan robos, pues basta el grueso de un delgado vidrio para contenerlos.

Esto mismo prueba ya el influjo del contacto extranjero con los nacionales hijos de las selvas i del desgreño, en cuyas costumbres tenia echadas tan hondas raíces el espíritu de ratería. La mayor parte de los vecinos de Puerto-Montt son chilenos, como lo son tambien los jornaleros i los sirvientes que residen temporalmente en él. El influjo del ejemplo ha conseguido desterrar ya casi del todo este vicio de aquellas jentes.

Pocos, mui pocos son, sin duda, los actuales inmigrados, para que podamos exigir de ellos mucho; sin embargo, estos pocos misioneros de la industria i del trabajo están operando con solo su ejemplo i su contacto tal cambio en los hábitos i costumbres de los chilenos circunvecinos, que saltan a la vista de los mas empeñados enemigos de la colonia.

¿Qué eran, en efecto, los hijos del país en aquellos, para muchos, ignorados lugares, ántes que el elemento extranjero comenzase a morijerar sus costumbres? El forzoso aislamiento en que vivian, repartidos en las cejas de los bosques de las solitarias caletas del Seno de Reloncaví, ni siquiera les daba a sospechar las ventajas de la vida social. La abundancia de las sustancias alimenticias; la carencia absoluta de estímulos i de aquellas necesidades cuya satisfaccion constituye el bienestar del hombre en los lugares civilizados, les habia familiarizado con el ocio, con el vicio i con sus asquerosas consecuencias.

Espanto causaba el estado de abyeccion en que yacian sumidas las pocas

familias, casi perdidas en el aislamiento, que existia en aquellos lugares, ántes que el bullicio i la actividad del inmigrado llegase a turbar la modorra que las consumia. Constaba, en jeneral, la choza de cada familia, de un solo rancho, hollinado i sucio, en cuyo centro, al ras del suelo, figuraba el hogar. Cuando el acaso habia hecho brotar algunos manzanos silvestres en las inmediaciones, entónces al antiguo rancho que, como se ve, era cocina, comedor i dormitorio al mismo tiempo, se agregaba otro donde, al lado de algunos barriles, se veian maderos ahuecados para machacar la manzana i hacer chicha. A espaldas de estas habitaciones se encontraba siempre un pequeño retazo de terreno en estado de cultivo, en el cual, palos endurecidos al fuego i manejados siempre por la mujer, servian de azada i de reja para sembrar papas i habas, únicas legumbres que llamaban la atencion entónces. Contado era el dueño de casa que se dedicase a sembrar trigo. En la puerta del rancho, mirando a la marina, se observaban corralitos de piedra i rama, a medio sumerjir, para que en las altas mareas quedase cantivo en ellos el pescado que el acaso conducia a esos lugares. Este alimento i los inagotables bancos de toda clase de esquisitos mariscos que dejan a descubierto las *aguas vivas* (2) eran, junto con las papas i las habas, la provista despensa que los sustentaba. Hasta el modo de preparar esos manjares era puramente indio, de los tiempos de la conquista. En un agujero practicado en el suelo i lleno de piedras caldeadas allí mismo por el fuego, se

(2) Aguas vivas, altas mareas.

apilaba el marisco, el pescado, la carne (si la habia), el queso i los papas, i sin mas espera, tapado todo aquello con monstruosas hojas de pangai, lo acababan de cubrir con adobes de champas i tierra, para impedir el escape del vapor. Un cuarto de hora despues, se veia a toda la familia, con su acompañamiento obligado de perros i de cerdos, rodear aquel humeante cuerno de abundancia, en el cual cada uno, por su parte, metia la mano i comia, soplándose los dedos, hasta saciarse.

Llegada la noche, padre, madre, hermanos, hermanas, alojados, perros i cerdos, formando un grupo compacto al amor del fuego del hogar i a raiz del suelo, dormian hasta el dia siguiente, en el que se repetian los actos del anterior.

Para llenar las escasísimas necesidades del vestido, mate i cigarro, i la mui apremiante de la bebida, ocurrían provistos de sus hachas a los bosques de la costa, i en ellos permanecían el tiempo estrictamente necesario para pagar una pequeña parte del compromiso que habian contraído con los tenderos de Calbuco, en cambio de las mercaderías que éstos les participaban. No habia, pues, un solo labrador de madera que no estuviese por mucho tiempo adudado, ni comprador sin quebranto, ni grandes deudas por cobrar. Consignemos por último el siguiente hecho: en aquellos lugares solo se casaba por la iglesia a aquel que, ya cansado de estarlo de otro modo, queria lejitimar sus hijos. Bastaba que el novio dijese a los padres de su querida, que él queria tenerla por *patrona* i que ella declarase que aceptaba por *patron* al pretendiente para que en el acto se tuviesen por lejitimos

esposos. Este era el modo de ser i ésta la cultura del chilote del Seno de Reloncaví, cuya poco grata descripción acabamos de hacer.

¡Cuán distinto es su estado actual! Vencidas las primeras dificultades que la naturaleza opusiera al desarrollo del trabajo agrícola i fabril del emigrado, no tardó éste en presentar a los ojos atónitos del español chilote del sur, i a los del Guiliche indijena de Osorno, las ventajas i comodidades de la vida social, i los bienes que el trabajo podia esperar de un suelo rico, que hasta entónces se habia contentado con hoyar sin conocer lo que pisaba.

Satisfactorio es repetirlo: el influjo del ejemplo ha producido i sigue produciendo en el ánimo de aquellos antiguos pobladores, favorable efecto que era de esperar, i la colonia convertida en un centro de atraccion, ha ido absorbiendo i aglomerando centenares de familias que no solo se placen ya en la vida mas comunicativa, sino que tiran a imitar en cuanto pueden a sus huéspedes, despues de haber estado algun tiempo a su servicio.

Recien se fundó la colonia, eran contados los hijos del país que por allí se veian, i para los primeros trabajos de instalacion fué preciso enviar embarcaciones por todos lados, i éstas apénas conseguian con un peso diario de remuneracion, atraer algunos pocos trabajadores a Puerto Montt. Dos años despues, el número de chilenos en el territorio de colonizacion alcanzó a 3,520, i diez años mas tarde a 6,464. Esto arrojan los censos oficiales; mas, el censo privado i en extremo prolijo hecho practicar por el intendente Rios, da en la misma época por resultado, 11,242 habitantes.

Como quiera que sea, pocos o muchos, se puede ya asegurar, que dado el caso de que la colonia desapareciese del lugar donde está, los chilenos vecinos de ella, no podrian vivir sin el ejercicio de los hábitos ya contraidos, ni mucho ménos volver a su primitivo aislamiento.

Confesada, ya que no debidamente comprendida, la necesidad de introducir cuanto ántes en Chile el mayor número posible de emigrados, i no queriendo o no pudiendo satisfacerla, siempre queda al Gobierno el deber imperioso de conservar, para mejor ocasion, los terrenos fiscales con los cuales se está haciendo ahora mas que nunca, permítaseme la espresion, una verdadera *chañadura*.

El paso a que camina la venta de los terrenos que aun nos quedan en el sur; el modo i forma como se estienden las escrituras de trasmisiones de derechos; la carencia de una lei severa, que ponga término a los efectos de las declaraciones de testigos juramentados, en lugares donde no solo se sabe que hai partidas de hombres que se llaman *jureros* (3) sino que se mira mui en ménos la obligacion que impone el juramento, i sobre todo, la carencia de un representante de los intereses fiscales, que velando sin cesar, entienda en las escrituras de ventas o de empeños i persiga ante los tribunales a los detentadores; no exajeramos, mui pronto se quedará el Estado sin un palmo de terreno propio de que poder disponer. ¿Qué seria entónces de la colonizacion? No podemos negar que los gobiernos han hecho algo en el sentido de precaver este mal; pero ese algo, por

lo insuficiente, desde el momento en que se le considera bastante, dejenera en malo. Los únicos decretos supremos a que me refiero, son los seis dictados desde marzo de 1853 a marzo de 57. Estos decretos, en que tanto, en Llanquihue como en otros puntos en donde se encuentran terrenos fiscales, se ha dado en la manía de creer que se constituye en escribanos públicos a los intendentes i gobernadores para lo que es estender escrituras de venta, empeño o arriendo de terrenos de indijenas, están produciendo los efectos mas desastrosos para los intereses fiscales. Ellos llenarán talvez su objeto, en cuanto a defender al indijena de los engaños i de la astucia del hombre civilizado, pero adolecen de un inmenso vacío, cual es, el de no defender al hombre civilizado, i sobre todo al fisco, de los engaños i de la astucia del indijena, quien, por carecer de civilizacion, no deja de ser por esto hombre, ni tener ménos motivo que el civilizado, de emplear el engaño i la astucia cuando le convienen.

El engaño i la astucia del civilizado i del indijena obran en desacuerdo, cuando se trata de asuntos entre civilizados i entre indijenas; mas, tratándose del fisco, esos engaños i esas astucias forman la mas estrecha alianza para despojar al fisco de cuanto le pertenece, prevalidos de la ausencia absoluta de un defensor especial que los contenga.

El camino que se sigue, i que es el mismo que desde tiempo inmemorial se ha seguido para hacerse adjudicar la propiedad de un terreno que no reconoce dueño, es el de mas fácil i espedito tránsito que se conoce. Toda la dificultad consiste en encontrar un terreno que no tenga mas dueño que el fisco, i encon-

(3) *Jurero*. Nombre que se da en el sur al que tiene por oficio el prestar juramentos. Siempre hai una cabeza oculta que dirige a esa infame sociedad.

trado, hablar con los indios mas calificadados del lugar, para que vendan aquel terreno como legado de sus antepasados. Los indijenas, estimulados por los ofrecimientos, i sobre todo, por la bebida, se agolpan a los juzgados a atestiguar con todos los juramentos imaginables, que aquellos terrenos corresponden por derecho hereditario al indio que pretende venderlos; i sin mas esperar, con el pago de la alcabala, cuando no se condona, se procede a la escritura de venta, previa la ridícula ceremonia de fijar carteles que nadie lee, i que si alguno lo hace, no es, sin duda, para interponer terceraía de dominio sobre un terreno que oye nombrar por primera vez en su vida. Además, si el suelo vendido pertenece al fisco i éste no tiene [quien lo represente en los mismos lugares donde se le despoja, que reclame a tiempo o a des-tiempo, puede hacerse.

¿Qué mucho es que a la llegada de los emigrados a Valdivia no se encontrasen en 1850, a muchas leguas de aquel pueblo, ni un solo retazo de suelo, de mediano valor, que podérseles ofrecer?

Del propio modo se ha enajenado de tiempo atras, tambien, i sin que nadie lo supiese, las dilatadas playas del Seno de Reloncavi con sus antojadizos e ignorados *fondos* (4), i a la puerta de la casa del gobernador del *fuerte* de Calbuco, habia con frecuencia cartelones que debian ser leidos por personas que no sabian leer, o que no llegaban ni tenian para qué llegar a ese pueblo, en los

(4) Fondos, son todos los terrenos comprendidos entre las dos rectas paralelas i sin término conocido, que parten de cada uno de los extremos de la línea que forma algun costado accesible de la propiedad. Costado que se media ya sobre la márjen accesible de un rio, ya sobre las playas del mar.

cuales se decia: (5) que en el terreno tal, comprendido entre los dos puntos accesibles de la costa tal i cual, con sus respectivos fondos hasta la cordillera nevada o hasta los montes altos, propiedad de don fulano de tal, iba a venderse, i para que llegue a noticia de todos, etc., etc.

Desde el año de 1850 para adelante, las autoridades, sin tener para ello la suficiente autorizacinn, comenzaron a suscitar embarazos a la adquisicion de propiedades, cuyos vendedores no exhibian títulos escritos i atendibles; i éste fué uno de los mas poderosos motivos de aquella cruda guerra que se declaró por muchos vecinos a la inmigracion. Sin ella, los terrenos fiscales les correspondian sin disputa, con ella, se les tiraba a despojar de lo que ya juzgaban suyo.

Si fijamos nuestra atencion en la designacion de los deslindes de las propiedades vendidas, es fácil deducir que los codiciosos detentadores, en vez de legar a sus hijos una buena fortuna, solo les dejan un semillero de futuros e inacabables pleitos. Ninguno de estos supuestos propietarios conoce ni la estension aproximativa, ni mucho ménos los deslindes anteriores i laterales de unas propiedades que solo tienen de conocido un costado.

Para hacer mas tanjible lo absurdo i lo ridículo de cada uno de esos numerosísimos títulos de propiedad con sus fondos fabulosos, permitaseme suponer que el conocido valle de Santiago esté cubierto de un bosque impenetrable, i

(5) Muchos anuncios hai así, i nunca dicen de quién hubo el terreno aquel que se titula dueño, i cuando llegan a indicar algo, es para hacer mas patente el despojo.

que su forma topográfica represente los terrenos mal habidos del sur; los propietarios del litoral del Mapocho saben que el río Maipo es el término del valle por el sur. Los propietarios del río de San Francisco del Monte o Santa Cruz, saben que la cordillera nevada limita al valle por el oriente.

Los mapochenos presentan solicitudes en esta forma: por el norte, una línea que partiendo de la cordillera nevada, donde nace el Mopocho, sigue el curso de éste hasta la laguna de Pudagüel i por fondo todo el terreno que comprenden estos dos puntos hasta el río de Maipo.

Los hijos de Santa Cruz i del litoral del río hasta su confluencia con el Maipo, trazan sus límites en estos términos: desde la laguna de Pudagüel, siguiendo el curso del río hasta que se pierde en el Maipo, i por fondo los campos comprendidos entre estos dos puntos hasta la cordillera nevada..... ¿Cuál de las dos poblaciones tiene terrenos?

Títulos tengo a la vista por este estilo, que principiando en las playas septentrionales del Seno de Reloncaví, no se les divisa otro término, por el fondo, que la frontera de Bolivia. Otro título comienza en Río Bueno i termina con sus inexorables fondos, precisamente en el centro del punto de partida del título anterior.

A nadie se le oculta que el Gobierno dictó el supremo decreto del 4 de diciembre de 1855, no tanto para defender a los indios, cuanto para defender los terrenos fiscales, i que de esto nacen las atribuciones que en él se confieren a los intendentes i gobernadores. Pero estos funcionarios constituidos en escribanos i agentes fiscales, sin la responsabilidad

de los primeros ni las obligaciones de los segundos, es una monstruosidad, que mas es lo que perjudica que lo que aprovecha a los intereses que pretende defender.

¿Por qué no devolver a los escribanos la plenitud de las atribuciones que el art. 6.º del citado decreto parece disputarles?

¿Por qué no crear agentes fiscales especiales en cada asiento de terrenos sin dueño, agentes cuya única i especial misión fuese la de velar sin descanso por la conservación de esos bienes, i la de esclarecer ante los tribunales los verdaderos derechos de cada poseedor con títulos insuficientes?

Constituir a los intendentes i gobernadores en notarios irresponsables i en depositarios, además de crear un verdadero archivo que no está sujeto como el del escribano a la visita del juez i a una responsabilidad pecuniaria, no solo contraría el propósito que se tuvo en mira al estender el decreto, sino que aumenta el número de los despojadores del fisco con cómplices legales. Cada papelucho de esos que condecoran con el nombre de escritura de compra, empeño o arriendo, reporta diez pesos a esas autoridades superiores. A nadie ofendo ni pretendo hacerlo, i sentiré que se dé a mis ideas sobre esto, otra interpretación ni otro calificativo que el que de bien intencionadas.

Tampoco pretendo, en manera alguna, eximir a los intendentes i gobernadores de intervenir en estos contratos; pero quisiera que su intervención no pasase de un simple veto, sin vislumbrar en engaño, o de un visto bueno en caso contrario, previo siempre el dictámen del agente fiscal.

La presencia de semejante funcionario i la dificultad de hacer valer derechos engañosos, contendria los abusos que señalo; i desde ahora comenzaria cada uno a saber a qué atenerse respecto a la validez i firmeza de las compras de terrenos que mas tarde deben constituir el patrimonio de sus hijos.

Miéntras mas tiempo se pase en to-

mar esta medida u otra que conduzca al mismo fin, mayor valor adquirirán aquellos desiertos, mas dificultades ofrecerá la designacion de límites legales, i muchas mas aun hacer revivir derechos que el tiempo i los actos de dominio no interrumpido pueden haber hecho caducar.

